

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.

INFO ABOUT RIGHTS
1 9210082 147538 84
www.safecreative.org/works



Ediciones Turas Mór

26



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>Los Eternos</i> (EZEQUIEL MALVERDE)	5
<i>Los recién llegados</i> (E. VERÓNICA FIGUEIRIDO)	14
<i>Asco que conmueve</i> (IGNACIO ROMÁN GONZÁLEZ)	18
<i>Memoria</i> (GONZALO SALESKY)	21
<i>Dana</i> (CARLOS PÁEZ S.)	26
<i>Lo otro</i> (JUAN M. VALITUTTI)	33
<i>Herida</i> (CARLOS MORALES)	40
<i>La respuesta está en el centro</i> (MAURICIO DEL CASTILLO)	43
<i>El minero</i> (ELIANA DOMÍNGUEZ MANSILLA)	51
<i>Esas pequeñas cosas</i> (LAURA PONCE)	53

NM

www.revistanm.com.ar
<http://sites.google.com/site/revistanm>
 directornm@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
 dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
 la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1210082475385

Se agradece por haber tomado parte en este número a: JUAN C. VERRECCHIA,
 MARCELO C. CARDO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Hydra"
 (BRIAN VADELL —<http://brianvadell.blogspot.com.ar/>—)

mida a su lado; el cuerpo lánguido y perfumado, el cabello largo siguiendo la línea de la espalda, la curva de su cuello invitando a sus manos, esas manos grandes y pesadas que casi no tuvieron que hacer fuerza. Apenas si hubo sonido; fue igual que quebrar el tallo de una planta, y luego nada...

Parecía como si el universo entero hubiera enmudecido, como si el universo entero fuera de pronto más oscuro y más pequeño. Pero ya estaba hecho.

Ahora que ella estaba muerta, podría olvidarla.

© LAURA PONCE, 2005-2012.



LAURA PONCE

(Argentina —Buenos Aires, 1972—)

Comenzó a publicar desde el 2005 y colaboró, entre otros, en medios como **Cuásar**, **Axxón**, **Alfa Eridiani**, **NGC 3660** y **Velero 25**.

Dirige y edita la revista **Próxima** y también estuvo a cargo de **Sensación!**
 En **NM** publicó "El Cartaginés" (# 10).



**AHORA TAMBIÉN PUEDE
 CONSEGUIRLAS POR:**



PAGOS CON TARJETA - ENVÍOS POR CORREO



Golpeó a la puerta (a la que él creía que era su puerta) y una voz desconocida lo invitó a entrar. Supo al instante que no se trataba de la chica que le había sonreído, pero no podía simplemente irse después de haber golpeado; debía disculparse e incluso podía pedir indicaciones para hallar la habitación correcta, de modo que abrió la puerta.

Y allí estaba ella.

Su cuerpo lánguido recostado sobre la cama lo dejó sin aliento. La piel clara, casi traslúcida. El cabello brillante y oscuro cayendo como una cascada. Y alzándose lentamente, como si nunca fueran a terminar de hacerlo, sus ojos negros.

—No te quedes ahí... Acércate —dijo, mientras sus labios se curvaban en una sonrisa.

Nikolev nunca tuvo oportunidad. Fue como una polilla hipnotizada por la flama. Y lo sabía. Esa mujer iba a romperle el corazón. No es que no lo supiera (lo supo esa misma noche). Pero nunca había sido bueno para sortear los sinsentidos del amor ni las bromas del destino.

Después de aquella, volvió a ese cuarto incontables noches. Se hallaba (lo sabía) profundamente entregado. Había algo en ella que intoxicaba su mente y dominaba su cuerpo.

Nikolev se hundía en su carne, en la tibieza de su abrazo, en la oscuridad de sus aromas, en el húmedo contacto de su boca...

Estar con ella era para él como sumergirse en un misterio infinito. Era igual que dejarse arrastrar por la marea.

La necesitaba de un modo en el que nadie debería necesitar a otro.

Hasta un ciego como él podría haberse dado cuenta que aquello no podía terminar bien.

Comenzó a frecuentarla fuera del bar, a hacerle obsequios costosos. Hasta que un buen día descubrió que no era el único.

Ella le dijo que los demás no significaban nada y él le creyó.

Pero a veces era difícil hacerlo cuando la veía reírse en compañía de otros, cuando manos lascivas buscaban su cuerpo y ella no lo negaba.

Ella dijo que sólo a él lo amaba, y Nikolev, sabiendo que mentía, se calló.

Pero se cansó de masticar madrugadas aguardándola; se cansó de esperarla afuera del bar, sólo para ver cómo se iba del brazo de otro.

Intentó no visitarla y durante un par de días tuvo éxito. Pensó incluso en irse del puerto.

Pero la necesidad de estar con ella siempre terminaba por imponerse a su voluntad.

Por eso volvía a su lado y soportaba una a una las humillaciones. Porque beber de su boca era lo único que parecía tener sentido.

Pero, al final, hasta eso estaba envenenado.

Debía olvidarla; debía dejarla ir y continuar con su vida.

Pero cómo hacerlo, si no había nada más que ella.

Y una noche lo supo. Fue como una revelación, como una luz cegadora golpeando su mente. La miró dor-

En el cuarto capítulo de *La lucha por el derecho*, RUDOLPH VON IHERING analiza *El mercader de Venecia*, de WILLIAM SHAKESPEARE.

Si bien advierte que el contrato entre Antonio y Shylock carecía de valor, por contener una cláusula amoral, examina dicha lucha en el ámbito social, a partir de la distinción entre derecho abstracto y derecho objetivo.

Aunque la pieza de teatro sea catalogada como *comedia*, bien analizada, tiene poco de divertida. Cuando Porcia, disfrazada de abogado, entiende razonable el reclamo de medio kilo de carne por parte de Shylock, éste se alegra y considera el juicio justo, propio de un Daniel. Mas cuando la heroína hace un rizo y le advierte al judío las penas por derramar una sola gota de sangre del mercader enjuiciado, es Basanio, amigo de Antonio —en realidad, aparentemente, más que amigo—, quien elogia la sentencia y le endilga a Shylock que es digna del profeta bíblico.

Mucha agua ha corrido por los canales de Venecia (donde no son sólo góndolas las que flotan), pero la noción humana de justicia sigue siendo la misma.

Todo juez es justo, siempre y cuando falle como nosotros queremos, mientras afirmamos que no buscamos venganza, sino justicia.

En ejercicios de autoindulgencia, acudimos a enunciados políticamente correctos para justificarnos en nuestra hipocresía.

Denostamos a los europeos que despojaron a los nativos de sus tierras pero no alojamos a ninguno de sus descendientes en nuestras casas, porque son nuestras. Defendemos como templarios el derecho de la mujer a decidir

sobre su propio cuerpo, cuando sabemos científicamente que —una vez producida la fecundación— el conjunto de cromosomas de esa única célula no el mismo, sino algo diferente; es otro. Criticamos la corrupción ajena, pero no la reconocemos cuando a fin de mes cobramos nuestro sueldo por una tarea que no hicimos, porque estuvimos más tiempo en la cocina del trabajo, tomando café, antes que en la oficina.

Algún formador de opinión devenido en politólogo —léase, mal periodista—, con motivo de las elecciones en un país sudamericano, dijo por la televisión, con todo desparpajo, que el candidato opositor, si ganaba, iba a tener que mantener muchas medidas del partido gobernante. Manifestó que algunas de ellas, después de todo —aunque no correspondían a su propia ideología—, no eran tan malas y que nunca se puede hacer borrón y cuenta nueva.

Sería interesante tener la misma amplitud de pensamiento en la propia tierra. Pensar en función de Nación y no de antagonismos, de camisetas. Tratar de evolucionar con vista al futuro y no anhelar, en reacción, un pasado que nunca volverá, porque el tiempo prosigue en su devenir.

Pero, como venimos diciendo, por lo general lo que sostenemos no es lo que pensamos y por eso a veces nos cuesta ser fieles a nuestros dichos. De allí que *El mercader de Venecia* sea vista por unos como una obra antisemita, en tanto que para otros es un alegato contra el racismo. Tal vez eso sirva para evitar abordar la pasividad irresoluta de Antonio y sus amigos o la astuta iniciativa de Porcia y Nerissa. No sea cosa que nos tilden de homofóbicos y feministas. O acaso de lo contrario.

Como lo reconociera VON IHERING, “el poeta puede indudablemente hacerse una jurisprudencia a su capricho”. En suma, desde lo literario, lo importante en SHAKESPEARE no es el derecho, sino la obra en sí.

Para nosotros, en el ámbito de la ciencia ficción, lo jurídico también es una cuestión menor. La cláusula insanablemente nula en Venecia, para la moral media de los terrícolas, acaso sea válida para los habitantes de Eridani e.

Además, con un bisturí láser, Shylock no habría tenido inconvenientes para cortar a Antonio el medio kilo de carne, sin derramar una gota de sangre.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.5. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4.32 y Gimp 2. La revista se armó con Serif PagePlus X5 y X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

funcionaban como transportadoras y las máquinas inmunes eran nanos capaces de atacar bacterias y virus; no tenía de qué preocuparse.

Nikolev no podía sacarle los ojos de encima a las agujas y solo oyó “inyecciones” y “nanos”. Y por más que buscó afanosamente una excusa que lo librara de aquello, no pudo encontrar nada que decir. Finalmente se dio por vencido y comenzó a subirse la manga. Pero ella le indicó que no era allí donde las aplicaría.

Esa noche debió acostarse boca abajo. Lo que experimentaba no podría calificarse como dolor, pero se trataba de una molestia persistente. Mientras el sueño iba venciendo, casi podía sentir las nuevas sustancias formándose en sus venas, combinándose unas con otras; casi podía imaginar pequeños entes navegando en su interior... “Guerreros microscópicos que convertirían su cuerpo en una fortaleza”, había dicho la mujer... Y justo entonces, cuando se alejaba de la vigilia como un bote que se separa irremediablemente de la costa, tuvo el presentimiento de que aquello no podía ser gratuito. ¿Cuál sería el precio? ¿Qué tanto debería entregar a cambio?

Pero eso no importaba ya: allí estaba el sueño otra vez.

Pronto volvería a verla, pronto regresaría a la noche en que la había conocido... Todo parecía tan sencillo entonces... El recuerdo de su perfidia todavía lo quemaba por dentro. ¡Pero había sido tan feliz con ella!

Si sólo pudiera olvidar el día en que supo que la había perdido...

Pero no quería pensar en eso. Ya se encontraba abriendo la puerta, entrando a aquella noche de verano otra vez.

DIEZ AÑOS ANTES Nikolev estaba prestando servicio en un puerto de Tulba, la pétrea luna de un gigante gaseoso en el sistema Megán, y se enfrentaba a la finalización del plazo de su contrato sin perspectiva de prórroga o reasignación alguna. Sabía que no debía preocuparse demasiado. Sus habilidades eran apreciadas y su experiencia reconocida; pronto aparecería algo. Sin embargo, esa noche se sentía extraño. Cuando era niño su madre decía que se parecía a los animales que presienten un sismo o una gran tormenta. Se pasó la mano por la cabeza rapada. Hacía demasiado calor para dormir y el cuarto polvoriento en el que se alojaba se volvía cada vez más pequeño. Decidió ir por un trago.

El puerto era un sitio sucio, ruidoso y maloliente, y el bar no podía serlo menos. Como siempre, estaba atestado. Nikolev llevaba un buen rato allí y unas cuantas copas encima cuando notó que una de las chicas de la casa lo miraba. Ella sonrió en el espejo que había detrás de la barra y él respondió con una inclinación de cabeza. Alguna vez había disfrutado de sus servicios; era una chica agradable. Pensó que más tarde quizá subiría la escalera y buscaría la puerta de su cuarto entre las muchas puertas del gran pasillo de la planta alta.

Algunas horas después, efectivamente lo hizo.

LOS ETERNOS

EZEQUIEL MALVERDE

y con la primera prueba descubrió el origen del desperfecto. El problema estaba en los filtros de aire. La cantidad de contaminantes en el ambiente había aumentado de tal modo que aquéllos se volvían obsoletos mucho antes de ser reemplazados automáticamente.

Según le informaron, no se trataba de una situación aislada; en algunas áreas del complejo incluso habían sacado de línea los biodetectores, porque sonaban todo el tiempo e interrumpían demasiado el trabajo.

—Tengo un programa que cumplir —dijo el encargado de sección, y Nikolev asintió; después de todo, nadie demasiado preocupado por su salud tomaría una asignación en una planta de tratamiento.

Ya se había puesto de pie, dispuesto a despedirse, cuando el hombre tomó unos informes de su escritorio y mientras los acomodaba mencionó que ése no era el único sistema que debía ser reparado, que los repuestos tardarían algún tiempo en llegar y que su estancia quizá se prolongaría más allá de lo esperado. Volvió a alzar la vista y le deseó un buen día.

Nikolev abandonó la oficina maldiciendo por lo bajo.

Tomó el alojamiento que le habían asignado (un pequeño compartimento con una litera y un escusado), acomodó su escaso equipaje y revisó el gran cofre de herramientas. Sólo cuando estuvo seguro de que todo estaba en orden se dirigió a desayunar.

Estaba hambriento y eso por lo general lo ponía de mal humor, pero

ese mal humor amenazó con convertirse en furia homicida cuando le negaron la entrada al comedor. Aparentemente el reglamento de la instalación era muy claro al respecto: nadie podía ingresar si no había pasado antes su revisión médica en el pabellón azul.

Y hacia allá se encaminó, conducido y escoltado por un par de uniformados después de un breve intercambio de golpes de puño.

Una mujer de bata lo revisó. No era raro ver mujeres en aquellas funciones, pero Nikolev era un hombre anticuado y pudoroso, y se sintió aliviado cuando terminó el examen físico. En la espalda enorme y el ancho pecho había gruesas cicatrices, pero la mujer tuvo el buen gusto de no hacer preguntas al respecto.

Volvió a ponerse la ropa mientras respondía a un cuestionario de rutina. ¿Qué enfermedades ha padecido? ¿Es hipertenso? ¿Toma alguna medicación? Fue respondiendo maquinalmente y comenzó a sentirse más seguro. Pero cuando salió de atrás del biombo vio que la mujer había acercado una bandeja con un par de jeringas.

Ella debió haber notado su aprehensión pues se apresuró a decirle que el servicio médico de la instalación estaba muy orgulloso del tratamiento profiláctico que ofrecía, que se hallaría completamente protegido de las toxinas y que sólo consistía de unas pocas inyecciones. Se trataba de lo usual en administración de fármacos: polimerosomas y máquinas inmunes. Las polimerosomas o células artificiales

Aquella famosa noche de julio, en el verano de 1816, nos encontrábamos a orillas del lago Lemán, momentos antes de morir.

Contemplábamos el atardecer escurrirse entre las casuchas de la pequeña Villa Diodati, mientras nuestro excéntrico anfitrión, lord Byron, lanzaba nuevamente el anzuelo de su peculiar propuesta: la creación de una historia de horror que helara los huesos de todo aquel que la leyera.

—Piénselo, doctor Polidori. —Lanzó un guijarro sobre el agua, disolviendo el reflejo de las montañas en titilantes círculos—. Nuestros nombres serían recordados por siempre —continuó enérgico—. Ganaríamos un espacio en la codiciada eternidad.

En la lejanía, un cúmulo de enormes y negras nubes se desplazó con rapidez, ocultando el sol y anunciando la tempestad.

—No lo sé, George —respondí desafiante—. ¿En verdad lo cree así?

—Vamos, John. No seas aguafiestas —interpuso Percy Shelley, mordiendo el anzuelo.

Su esposa, Mary, se encontraba sentada en una barca del muelle; abrió apresurada su paraguas, debido a la proximidad de la tormenta, y agregó:

—¿No será acaso qué teme perder la apuesta, doctor?

—No. No es eso, querida Mary. Sólo considero impropio el perturbar a mis lectores con semejante historia de horror. Imaginen que alguien que lea mi libro no...

De pronto, el rayo más poderoso y extenso que haya visto jamás cayó al centro del lago, sacudiendo las aguas y cargando el aire de un fuerte olor a ozono. El potente relámpago, seguido de un estruendo ensordecedor, detuvo nuestra charla.

Súbitamente, apareció enorme una esfera de luz violácea suspendida sobre el estanque. Delgados tentáculos eléctricos serpeaban en la circunferencia. Dentro del globo luminiscente surgió una extraña máquina humeante, zumbando como el mismo trueno. El aparato se abatió, sumergiéndose en las vaporosas aguas del Lemán, volviendo éste, momentos después, a su quietud natural.

Navegamos hasta el lugar del impacto en la embarcación de lord Byron, en un intento por descubrir lo que había sucedido. La oscuridad de la noche dificultaba nuestra búsqueda. De pronto, Mary Shelley gritó, sujetándose con fuerza de la baranda de la barcaza.

—¡Ahí, miren! —Con su delicado brazo extendió hacia la oscuridad una lámpara de queroseno—. ¡Es un cuerpo! ¡Vamos, remen rápido!

A escasos metros de distancia flotaba un hombre, al parecer inconsciente, vestido con un traje que emitía unas lucecillas parpadeantes. Nos acercamos y logramos subirlo al bote con ayuda de un gancho de pesca. Al dirigirnos al muelle, Mary nos sorprendió gritando:

—¡Está vivo! ¡Vivo!

En casa de lord Byron, dejamos que se recuperara en una de las habitaciones, mientras abajo, en la estancia, la discusión en torno al hecho se convertía en disputa entre Percy Shelley y lord Byron, debido a sus diferentes hipótesis.

—¡Demonios, Percy! —Dio un último trago de coñac y volvió a llenar su copa—. ¿Eso es todo lo que pue-

des decir? ¿Un ángel? —El barón lo fulminó con la mirada y continuó furioso—. ¡Un ángel mis...!

—¡Señor! —interrumpió el ama de llaves—. Ha despertado, señor.

Byron contuvo su furia al ver aparecer, detrás de la anciana sirvienta, al hombre que cayera del cielo, vestido con un ajustado traje gris con líneas anaranjadas a los costados y un cinturón negro con múltiples compartimientos.

—Supongo que deben tener muchas preguntas —dijo el extraño viajero y recorrió la estancia con una fría mirada—. Mi nombre es Herbert George Wells —masculló, y se dirigió a la chimenea atiborrada de leña crujiente a causa de la combustión. Miró por un momento la hoguera y se volvió después hacia nosotros.

—Antes de continuar y resolver sus inquietudes —La luz del fogón hacia bailar las sombras en su cansado rostro—, permítanme decirles que es un verdadero honor estar aquí, esta famosa noche, en presencia de tan distinguidas personalidades.

—Pero, ¿acaso usted nos conoce, señor Wells? —preguntó el barón con asombro, dando otro trago de licor.

—Por supuesto, estimado lord.

¿Quién en este mundo no conoce al gran lord George Gordon Byron, a Percy y Mary Shelley y al inigualable doctor John William Polidori? —espetó, señalándonos uno a uno, con un empujón de su pronunciado mentón.

Ante tal sorpresa, en mi mente confundida caían preguntas como copos de nieve en una noche de invierno. ¿Quién diablos era ese sujeto?

las uñas cortas e irremediablemente sucias. Había un leve temblor en esas manos y se las frotó como si pretendiera aliviarlas del frío. Entonces volvió a su memoria. La manera en que ella le tomaba las manos entre las suyas; el modo en el que su roce lo vencía. No importaba cuán molesto pudiese haber estado un momento antes, eso lo borraba todo. Al igual que su sonrisa embriagadora. Oh, sí, ella sabía bien cómo controlarlo.

Entonces intentó recordar la última vez que había ido a verla. La borrosa línea de su rostro recortándose en las sombras, la oscuridad de su cabello fundiéndose en la oscuridad del cuarto, en la oscuridad de la memoria. Nikolev se esforzó por encontrar sus ojos en medio de tanta noche, pero no logró hacerlo. Intentó desesperadamente asir aquel recuerdo, pero se le escapaba de entre los dedos como un pez escurridizo, un pequeño pez plateado que desea regresar al mar del olvido. *¿Ella estaba llorando o se reía? ¿Por qué lo hacía? ¿Qué era lo que le había dicho?* Simplemente no podía recordarlo.

Pero quizá fuera mejor así.

Quizá era mejor olvidar algunas cosas.

ALGO MÁS DE UN AÑO ATRÁS, mientras la nave sobrevolaba la planta de tratamiento, Nikolev se preguntó por qué lo habrían contratado. La planta estaba ubicada en un asteroide y ni siquiera era un asteroide muy grande; ¿qué problema de mantenimiento podrían tener que el personal asignado no pudiese solucionar? De todos

modos, no debía ser algo realmente grave, dado que no habían mandado a buscar a un equipo ni a un grupo antidesastres, sino a un tipo como él, un especialista que trabajaba solo. Se sonrió al recordar que algunos de sus clientes le decían que él valía por varios; reconocía que tenía sus habilidades, pero tampoco era para tanto.

Necesitaba levantarse el ánimo con cualquier cosa a la que pudiera echar mano.

Llegaba a destino después de un viaje largo e incómodo. Había dormido durante su mayor parte, pero eso no evitó que se sintiera como si hubiera cruzado la galaxia entera para llegar allí. Naturalmente, había soñado con ella.

No importaba cómo comenzaran los sueños. De algún modo, al final, él siempre llegaba al mismo lugar; abría la puerta de la habitación y estaba otra vez en esa noche de verano, contemplando su cuerpo lánguido recostado sobre la cama. Luego llegaba su voz; la manera en que sus labios se curvaban en una sonrisa... La impresión era tan vívida que no podía dejar de pensar en ella durante todo el día.

Desgraciadamente los recuerdos no eran todos agradables y, a fuerza de conjurarlo para cuando llegaba la noche, ese nombre tan querido tenía un regusto amargo.

Intentando apartar su mente de ella y de los recuerdos poco placenteros, decidió ponerse a trabajar de inmediato. Se presentó en la estación de bombeo cargando aún su equipaje

el antebrazo. Explicó que se trataba de un poderoso aliado para su sistema inmunológico; el dispositivo era la siguiente generación, la forma de tratamiento nanotecnológico que estaba por encima de todas las demás. Lo que le habían estado administrando hasta ahora quedaría en el pasado; las molestias por las inyecciones y los continuos chequeos, esas dosis que él tanto detestaba de “microscópicos guerreros” entrando a su cuerpo para protegerlo de toxinas e infecciones, no serían más que un mal recuerdo.

Mientras ella hablaba con inoculable entusiasmo, la duda rondaba a Nikolev como un insecto molesto y preguntó por qué, si aquello era tan bueno, no se lo habían implantado desde un principio. La mujer se limitó a decir que el plan de salud de su sindicato no lo cubría y que en la cobertura que ofrecía la planta el dispositivo estaba disponible sólo para empleados permanentes.

—Sin embargo —sonrió—, el vencimiento de tu contrato fue prorrogado tantas veces que finalmente alcanzaste la antigüedad mínima requerida para el procedimiento. Felicitaciones; al parecer estarás con nosotros por mucho, mucho tiempo.

Nikolev sintió que un escalofrío le recorría la espalda como un mal presentimiento; era casi como si le hubiera dicho que nunca abandonaría aquel asteroide, como si le hubiera dicho que moriría allí. Contemplando el estuche sobre la bandeja se sintió como el primer día en que había estado en esa oficina, desnudo e incapaz de evitar que hicieran con él lo

que quisieran, por mucho que deseara evitarlo.

DURANTE EL ÚLTIMO SEMESTRE había estado trabajando sin demasiados contratiempos. Debido a sucesivos atrasos en la entrega de repuestos y al precario estado de los sistemas, había visto prolongar el vencimiento de su contrato más de lo esperado, pero no se trataba de algo con lo que no hubiera tenido que lidiar en el pasado. No tenía motivos de queja con respecto al alojamiento o la comida, ya que eran tan buenos como podía esperarse en una planta de aquel tipo. Tampoco su trabajo se había vuelto demasiado pesado. Sin embargo, Nikolev se sentía incómodo en la instalación, vagamente inquieto, y pensaba que sólo se hallaría a gusto cuando pudiera abandonarla.

Posiblemente el problema fuera la gente del lugar.

Todos lucían demasiado *adaptados*. Eso era sólo una roca en el medio de la nada y nadie parecía descontento allí; nadie hablaba de su casa ni de su familia. Era cierto que en un principio le había parecido agradable; ya estaba harto de todos esos nostálgicos habladores que a la menor oportunidad sacaban retratos de sus seres amados y hablaban de ellos durante horas. Como forastero, era propenso a padecerlos. Pero ahora el silencio del comedor se le antojaba excesivo, por momentos escalofriante. Nikolev se rió de sí mismo apretando los dientes; un hombre de su tamaño y su aspecto inquieto por tales estupideces... Se miró las manos curtidas, las puntas cuadradas de los dedos,

¿Cómo sabía nuestros nombres? La invitación de Byron fue muy privada; entonces, ¿cómo demonios se enteró él de ello? Y, peor aún, ¿qué clase de maldita máquina se encontraba ahora bajo las profundas aguas del lago Lemán?

Wells se encaminó hacia la sala y tomó asiento en el sillón central, dominando la situación.

—Descuiden, caballeros —agregó—. Todas sus inquietudes serán respondidas a su debido tiempo. —De un compartimiento del cinturón sacó una gastada pipa de cedro negro. La llenó con tabaco de buen aroma y la encendió con un extraño aparejo del que hizo girar, repetidas veces, un pequeño perno hasta sacar una diminuta llama azulada.

—La razón por la cual ustedes no han oído hablar nada de mí —Inhaló y soltó una larga y espesa estela de humo— es muy simple: aún no he nacido. —Aguardó un momento, dando oportunidad de que advirtiéramos la información y continuó—: Faltan, aproximadamente, unos cincuenta años para que nazca en un pequeño pueblo del condado de Kent, en Inglaterra. —Nuestros rostros desencajados parecían divertirlo—. Al igual que ustedes, estimados colegas, también pertenezco al prestigiado círculo de escritores que lograron un lugar en la eternidad. —Saboreó el tabaco despreocupadamente, soltando pequeñas volutas de humo que siguió con la mirada hasta desaparecer en el techo—. Mis creaciones literarias fueron igual de grandiosas que las vuestras —dijo, acariciando su hirsuta barba.

—Disculpe la interrupción, señor Wells —intervino Percy Shelley e intercambió una mirada con su esposa antes de continuar—. Lo que usted nos comenta me resulta en extremo perturbador. Aún no logro comprenderlo del todo. —Wells lo miró sonriendo—. Díganos, por favor, ¿cómo es posible que se encuentre en este momento, charlando en casa de lord Byron, si usted nacerá dentro de cincuenta años?

—Claro, claro —masculló Wells—. Todo comenzó, o lo hará, dentro de noventa y cuatro años, en 1910. —Se arrellanó en el asiento y miró la chimenea antes de iniciar su relato.

Una noche de tormenta, como ésta, llamó a mi puerta un joven de aspecto taciturno y desgarrado, con la historia más descabellada que hubiera escuchado.

—Mi nombre es Howard Phillips Lovecraft—, me dijo sin pretensiones, bajo la fría lluvia londinense. Lo invité a pasar y le ofrecí un trago de *whisky* para que le calentara la sangre, al que tomó de un sorbo.

—Lo que voy a contarle —continuó— le parecerá una locura, pero le suplico que escuche mis palabras hasta el final, aunque no crea ninguna de ellas. Al igual que usted, señor Wells. Me dedico en mi tiempo libre a escribir. Es posible que mi nombre no le parezca conocido, pero eso no tiene importancia por el momento. —El joven limpiaba sus anteojos con sumo cuidado—. En una de mis visitas a la biblioteca descubrí, por razones que aún desconozco, una puerta escondida que me llevó, escaleras abajo, a una bodega abandonada. Des-

pués de curiosear entre cajas y volúmenes empolvados, encontré una antigua y descuidada edición de los libros malditos. Se trataba del famoso *Necronomicón*, escrito por el árabe loco Abdul Al-Hazred. —Me miró fijamente, dando tiempo a mi reacción.

—¿Entonces? —pregunté indiferente.

—¿No se da cuenta, señor Wells? —espetó abriendo los ojos y blandiendo su mano izquierda como si llevase una espada—. ¡Ese libro no existe! —Volvió a mirarme.

—¿Entonces? —volví a preguntar.

—Yo lo inventé. Es un mito de mis novelas. No debería existir y sin embargo ahí estaba, entre mis manos, tal como lo imaginara: forrado en piel humana y escrito con sangre de inocentes. Lleno de invocaciones, de historias de ocultismo, antiguos conjuros de seres de los oscuros abismos del universo.

Dejé que continuara describiendo el libro con gran alboroto hasta que percibió mi desinterés, y agregó: —Fue entonces que descubrí, en una de las páginas, la firma del Sumo Sacerdote Ech Pi El. —Se detuvo azorado—. ¿No lo entiende, señor Wells? Ech Pi El. Son mis iniciales. Era un juego inocente entre mis amigos escritores y ahora es real. El gran *Necronomicón* existe. ¿No se da cuenta de la importancia de esto, señor Wells? —Me miró perplejo y continuó con serenidad durante un largo tiempo.

—¿Y todo este asunto? —pregunté, cansado de escuchar su relato—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—¿Pero es qué no me ha escuchado, señor Wells? —estalló, poniéndose de pie—. Mis historias, mitos, libros y, peor aún, mis criaturas han cobrado vida. Al principio ni yo lo creía, hasta que conocí a otros dos escritores que se habían percatado del hecho. —Me miró nuevamente, permitiendo un tiempo de reflexión.

—Vuelvo a preguntarle, joven Lovecraft. Y todo este asunto, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Que usted, señor Wells, es escritor y, por consiguiente —Me señaló amenazante con el dedo índice—, sus historias, mitos, libros y, sobre todo, sus criaturas también cobrarán vida —concluyó agotado.

—Ah. Ya veo —puntalicé con tono aburrido.

Escuché al joven Howard seguir con su relato; sin embargo, él tenía razón: no creí ni una sola de sus palabras, considerando todo el asunto como una total locura.

Antes de marcharse, el joven Lovecraft mencionó que en un par de días saldría en una expedición de cacería y que estaba cordialmente invitado. Enfatizó la trascendencia que implicaba mi asistencia y se marchó caminando entre las callejuelas de Londres hasta desaparecer en la oscuridad.

—Como han de saber —continuó Wells, jalando tabaco de su pipa—, todo escritor posee un gran espíritu aventurero, ese llamado a lo desconocido que nos impulsa a investigarlo todo. Así que, tras meditarlo, hice los arreglos necesarios y partí con Howard en una travesía desquiciante

TRES MESES ANTES había surgido un problema en el sistema de refrigeración. La esclusa veintitrés funcionaba mal y Nikolev debió arrastrarse por más de cien metros de ductos con sus herramientas de precisión: un mazo y una palanca.

Los sensores tampoco andaban bien y, para verificar si el resto del tubo estaba libre, se vio obligado a salir a la superficie. Claro que eso no significaba salir al vacío o abandonar por completo el complejo. Aunque la mayor parte de las instalaciones de la planta eran subterráneas, había una cúpula originalmente diseñada como observatorio, con atmósfera y temperatura controladas. Por desgracia, la cúpula se mantenía tibia debido a los ductos de aire que allí ventilaban y el nivel de contaminación superaba ampliamente el promedio de la planta, por lo que tomó la precaución de ponerse su traje antes de subir.

Sabía que debía ser cuidadoso y no entretenerse demasiado, pues tampoco se podía confiar en el sistema de paneles que debían cerrarse para proteger la cúpula del sol directo. Estaba listo para salir del ascensor, hacer lo suyo y volver a entrar sin perder un minuto. Sin embargo, cuando se abrieron las compuertas, y por fin vio lo que desde allí se veía, se quedó sin aliento.

Los grandes silos y las tolvas, los ventiladores de los respiraderos con sus aspas gigantes, los paneles solares moviéndose imperceptiblemente y al unísono, para estar siempre de cara al sol, todo parecía parte de un extraño jardín, un jardín me-

cánico y descomunal expandiéndose sobre las rocas. Y, aun así, todo se veía increíblemente pequeño bajo ese cielo estrellado.

Sólo en ese momento tomó conciencia de que llevaba casi un año sin ver el cielo. Y comprendió cuánto lo había echado de menos.

Se sentó en un banco derruido y contempló aquella noche sin fin.

Bajo un cielo como ése había estado con ella. Le había entregado lo que nunca había dado de sí mismo. Había bebido de su risa y había alimentado su fuego. Se había perdido en esos ojos negros, que eran como pozos llenos de estrellas. Cada vez que pensaba en ellos esas sensaciones volvían y se le arremolinaban en el pecho. Ni siquiera podía recordar por qué se habían separado. Seguramente se reencontrarían en cuanto terminara con este contrato. Estaba en verdad deseoso de volver a verla.

Aquel paseo le había hecho bien. Estaba de un inusual buen humor cuando preparó su informe de la reparación. Incluso pensaba en tomarse unos tragos después de entregarlo. Pero fue entrar a la oficina del encargado de sección y ser notificado de una nueva prórroga en el vencimiento de su contrato, de modo que su buen humor se fue al cuerno.

Pensó que las cosas no podían empeorar.

Naturalmente, estaba equivocando.

La mujer de bata blanca le dijo que el procedimiento consistía en implantarle un dispositivo subcutáneo en

recuerdos, sino la habilidad de evocar sucesos o sensaciones antiguas. Quizá los medicamentos estuvieran inhibiendo la producción de alguna enzima o bloqueando la actividad en alguna zona del cerebro; era difícil decirlo. Pero lo cierto era que, cuanto más tiempo se hubiera recibido el tratamiento, más afectada se encontraría la memoria.

Mencionó que existía un *upgrade* para el dispositivo que lo hacía apto también para detectar anomalías en el estado de ánimo y suministrar la dosis justa de estimulantes, sedantes o antidepresivos, según fuera el caso; pero se apresuró a aclarar que desgraciadamente no podía prescribírselo, por más que pareciera necesitarlo, ya que sólo estaba disponible para el personal jerárquico o los operarios de mayor antigüedad.

Nikolev la escuchaba en silencio mirándose las manos, esas manos grandes y pesadas. Lo que había dicho sonaba como una sarta de incoherencias pero, por más que pareciese increíble, era la explicación que mejor cuadraba con aquella extraña situación. Cubría todos los ángulos; explicaba el comportamiento de todos en aquella maldita instalación. El modo en que actuaban tanto los operarios como los encargados de sección; el modo en que nada parecía importarles un comino. Y explicaba también la manera en que ella se había ido yendo de su memoria, un paso a la vez.

Volvió a su alojamiento como si acabara de salir de una de esas crivainas.

Sólo le quedaban imágenes sueltas y sensaciones agobiantes: la curva de su cuello, la forma de sus labios, el brillo en sus pupilas... Sabía que la había amado, sabía que estaba irremediablemente unido a ella, pero todo lo demás se le escapaba; todo lo demás se deshacía igual que si estuviera escrito en el agua. Los recuerdos que aún conservaba de ella eran como hebras de un tapiz deshilachado. Sin embargo, la fuerza con que instintivamente se aferraba a esos jirones, la intensidad de los sentimientos que éstos evocaban, confirmaban que no podían ser lo único; debían ser parte de algo mucho mayor, algo que había ido quedando poco a poco fuera de su alcance. Él, Nikolev, había conocido la felicidad; la había conocido en una mujer perfecta. Y simplemente no podía aceptar que semejante cosa le fuera arrebatada por completo. No se convertiría en otro de esos hombres que comían en silencio, que hacían su trabajo día tras día con la mirada ausente, sin saber quiénes habían sido o quiénes eran en realidad; por qué se encontraban allí o qué habían dejado atrás.

Una vez que eso estuvo claro, no tuvo dudas acerca de lo que debía hacer a continuación. Buscó en la caja de herramientas y sacó una hoja afilada. Se levantó la manga de la camisa y comenzó a hurgar en la carne de su antebrazo, intentando extirpar el dispositivo subcutáneo. Quizá llevaría algún tiempo, pues parecía que el muy maldito no deseaba ser hallado.

a las inhóspitas regiones de la Antártida.

"Durante el viaje, además de los miembros de la tripulación, conocí a los dos escritores que mencionara Howard y que nos acompañaron en la cacería. Se trataban del excéntrico Oscar Wilde y del astuto y observador Edgar Allan Poe.

"Tras una larga y extenuante incursión en nuestra embarcación, logramos cruzar el canal de Panamá; continuamos por Samoa y después a Hobart, hasta alcanzar la estación en las heladas regiones del Polo Ártico.

"Por las noches nos reuníamos a conversar en la oscilante cocina del navío. Entre copas de licor, compartíamos reseñas de libros propios y ajenos, hasta embriagarnos. Con el vaivén del barco y la torpeza de movimientos a causa de los gruesos abrigos, parecíamos un grupo de monjes árticos. Así, noche tras noche y trago tras trago, Howard nos contagiaba un poco más de su locura.

Wells hizo una pausa para recargar su pipa y continuó.

—Debo confesarles que no creí ni un ápice de lo que esos tres se empeñaban en contarme, hasta el día en que, después de atravesar las cordilleras, llegamos a una serie de profundas y peligrosas cavernas, ocultas en las cercanías del volcán Erebus.

"Desembarcamos y las recorrimos durante días con ayuda de los trineos y los perros de arrastre. En las noches, aprovechaba los cortos momentos de descanso en el campamento para leer los libros de Howard, intentando comprender su gran preocupación.

Una mañana, un miembro de la tripulación nos dijo haber descubierto lo que parecían ser unas antiguas ruinas en dirección noroeste. Caminamos durante horas, armados tan sólo con un fusil de retrocarga y una lámpara de queroseno cada uno, por una enrucijada de derruidos muros grabados con caracteres cuneiformes.

Nos miró detenidamente, para ver si le prestábamos atención.

—Conforme avanzábamos —prosiguió— la oscuridad ennegrecía cada vez más. Era inevitable intentar asirla con las manos, como si el vacío tuviese sustancia propia. Seguimos adelante, adentrándonos por senderos intrincados, hasta que la luz de nuestras lámparas apenas perforaban la oscuridad reinante. Las brújulas giraban enloquecidas sin detenerse. Resultaba imposible ver algo en la densa penumbra; por tanto, decidimos atarnos en línea con una soga para evitar extraviarnos.

"Howard, a la cabeza de la serpiente humana, nos guiaba con dificultad por ese laberinto de muros deteriorados. Pronto nos encontramos frente a un montículo de restos del abovedado. Después de meditarlo un momento, decidimos trepar por las grandes rocas amontonadas, utilizando nuestras manos como ojos en el camino. Caímos y derrapamos varias veces, siguiendo siempre hacia adelante a través de la negrura abismal. Las provisiones se agotaron, así como nuestros ánimos, perdiendo toda esperanza y resignados, en un mutuo acuerdo silencioso, a morir extraviados en esas malditas cuevas.

"Hasta que...

Wells jaló tabaco de su pipa con tal fuerza que sufrió un ataque de tos, esparciendo amorfas volutas de humo por toda la habitación. Después de un rato prosiguió.

—Hasta que, entre sueños de hambre y cansancio, logramos ver un lejano resplandor que señalaba un estrecho sendero.

—Howard nos animó —dijo Wells, entusiasmado— a proseguir por la ruta a medio iluminar. Llegamos a una bóveda gigantesca, en cuya cúspide flotaban enormes esferas, hechas de un extraño metal, que desprendían una luz azulina como pequeños soles artificiales e iluminaban el sendero hacia una gran cámara.

—Fue justo ahí —continuó, abriendo bien los ojos y la boca— donde nos encontramos con el horror encarnado. Cualquier duda que tenía sobre el joven Lovecraft —dijo golpeando suavemente la pipa en su bota derecha— se desvaneció al contemplar la descomunal criatura recostada frente a nosotros, y cuya historia recién había leído noches atrás.

—La gran bestia, posible miembro de la que Howard llamara la Gran Raza, era un inmenso cono rugoso de unos seis metros de altura, con órganos expuestos y localizados a los costados de una serie de horrendos miembros distensibles, como tentáculos de un imponente molusco, y una abultada cabeza provista de ocho ojos desorbitados que nos miraban con cautela. Su descomunal boca, o tal vez deba decir pico, en extremo dentado y babeante. El terror hizo correr a dos miembros de la tripulación. Yo lo hubiera hecho de no estar

completamente paralizado por el pánico.

—La criatura se limitaba a emitir chasquidos y mover sus zarpas, arañando el aire nauseabundo de la bóveda. Howard nos hizo la seña para tomar el fusil y rodear a la bestia. A su orden disparamos a discreción, dejando diminutos boquetes supurantes en el fétido cuerpo del fenómeno.

Wells dramatizaba su relato, recreando con burdos movimientos, los disparos, zarpazos y chirridos de la criatura; describiendo las estrategias realizadas por el grupo de cazadores.

—Para ese entonces —continuó sereno— pensé que mi fin estaba cerca. En un descuido, la bestia me golpeó con uno de sus gruesos tentáculos, arrojándome a uno de los muros. Quedé inconsciente por un largo momento.

—Al recobrar el sentido observé a Lovecraft, cubierto casi por completo de sangre y otras sustancias, caminar hasta donde se encontraba Poe, herido de gravedad. Los cuerpos sin vida de nuestros tripulantes se hallaban desperdigados por el suelo, así como los restos palpitantes de la criatura, que yacía inmóvil al centro de la gran cámara. Entre los escombros de la batalla descubrimos el cuerpo decapitado de Wilde. Su pecho parecía haber estallado por dentro, mostrando su ensangrentado corazón.

—Sólo cinco de nosotros sobrevivimos la cacería. —Su semblante palideció por un instante, y su mirada se perdió en la profundidad de la sala—. Logramos regresar a la base, atravesando el laberinto con ayuda

turno debía presentarse en el sector azul para un chequeo médico completo. Había superado lo de los chequeos diarios desde que llevaba implantado aquel dispositivo subcutáneo, pero como se trataba de una prórroga en el vencimiento de su contrato no había escapatoria.

Oh, sí, así comenzaba otro día perfecto en la perfecta planta de tratamiento de desechos.

Siempre lo atendía la misma mujer, en la misma oficina, vestida con la misma bata blanca y peinada del mismo modo. La mujer era amable y parecía conocer muy bien su trabajo, pero Nikolev detestaba los chequeos. Era un hombre fuerte y corpulento que se había enfrentado a muchas cosas; sin embargo, en esa oficina se sentía completamente indefenso. Respiró aliviado cuando finalizó el examen físico y comenzó el interrogatorio propio del cuestionario de rutina. Respondió maquinalmente desde atrás del biombo mientras se vestía; ya casi había terminado cuando ella preguntó si deseaba reportar algo anormal. Entonces decidió mencionar sus problemas para dormir. Una cosa llevó a la otra y, ya que estaba, le contó acerca de ese extraño asunto de los recuerdos perdidos.

La mujer lo escuchó pacientemente haciendo una que otra pregunta. Cuando Nikolev hubo terminado, carraspeó con delicadeza y le dijo que, ante todo, no debía preocuparse; aseguró que no se trataba de nada grave, que él gozaba de una salud excelente, que el escaneo de su antebrazo acababa de probarlo.

Esos dispositivos subcutáneos eran lo más moderno y eficaz en nanotecnología médica y, tal como le había explicado al implantarle el suyo, estaban diseñados para detectar antígenos en la sangre. A la primera señal de agentes tóxicos o infecciosos originaban una respuesta justo a medida; podían fabricar átomo a átomo moléculas complejas de la más amplia variedad de drogas, a partir de los ingredientes básicos que circulaban por el organismo. Así, la infección o contaminación era tratada de inmediato, incluso antes de que el paciente mostrara síntomas o experimentara malestar alguno.

El problema *podría* estar (y la mujer remarcó el *podría*, porque quería que quedara completamente claro que no afirmaba que existiese un problema) en que los niveles de contaminación en el complejo se habían elevado más allá de lo que cualquiera pudiera haber previsto y los dispositivos debían suministrar dosis cada vez más altas de contramedidas. El tratamiento no había sido concebido de ese modo y no era de sorprenderse que aparecieran algunos efectos secundarios. Sin embargo, era un precio muy bajo a cambio de mantenerse sano. La mujer sonrió al decirlo, pero —viendo su falta de entusiasmo— se encogió de hombros.

Agregó que probablemente esa medicación masiva era lo que le ocasionaba problemas de memoria. No sería el primero al que le sucedía. Le aconsejó que no se preocupara; en la mayoría de los casos no se veían afectadas la memoria reciente ni la capacidad de generar nuevos

instalación de ese modo es exponerse a una muerte segura. Pero cuando uno ha perdido aquello que daba cohesión a su vida, aquello en lo que se apoyaba para seguir adelante, no queda mucho por hacer. Nikolev quería darle una última mirada al cielo sin filtros de por medio; quería *sentir* esto por última vez, porque piensa que no hay mejor modo de despedirse de la existencia que cuando uno aún se siente dueño de ella, tan entero como podría estarlo tras haber sido mutilado, tan seguro como quien sigue andando aunque su camino yace entre sombras. Prefiere morir aquí y ahora, cuando aún conserva algo de ella; prefiere aferrarse a su nombre y murmurarlo con su último aliento, antes que vivir una vida entera en el blanco vacío de su ausencia. Es muy estúpido, lo sabe... Pero, ¿qué más puede hacer? Siente la lengua tan hinchada que apenas le cabe en la boca y el dolor se hace tan intenso que cree que su cuerpo estallará en cualquier momento; hace rato que el reflejo de inspirar se ha vuelto un esfuerzo inútil y la falta de oxígeno empieza a afectar su cerebro. Nikolev ve algunos puntos brillantes danzando frente a sus ojos. Sonríe, o por lo menos intenta hacerlo, y una oscuridad poderosa va a su encuentro.

EL DÍA ANTERIOR Nikolev había despertado bañado en sudor. Confundido y sobresaltado, como si hubiera tenido una pesadilla que no pudiera recordar. Ese día prorrogaría nuevamente el vencimiento de su contrato y aquella parecía una manera adecuada de conmemorar el hecho. Había llegado

al asteroide como técnico en mantenimiento por un trabajo de unos pocos días. *Un mes a lo sumo*, le habían dicho. Y ya llevaba más de un año. Se sentía como un prisionero en esa instalación, como un animal enjaulado. Algo andaba mal allí, estaba seguro de eso; sin embargo, no podía darse cuenta de qué era.

Se lavó la cara varias veces, pero el agua fría no logró remover la sensación de ahogo que pesaba sobre él. Observó en el espejo el rostro anguloso con la tez opaca y la mirada endurecida; un rostro que apenas reconocía como propio. ¿Quién podría amar a alguien con un rostro como éste?, se preguntó socarronamente. Y entonces le pareció verla en el reflejo, pasando por detrás de él.

Eso le sucedía todo el tiempo. Sabía que al volverse no encontraría ni siquiera el eco de sus pasos y aun así su impulso era volverse, era buscar su brillo entre las sombras del cuarto, era intentar reconstruir sus gestos y perseguir el perfume de su cabello enmarañado durante el día entero.

Si sólo pudiera recordar algo más... Cómo o dónde la había conocido, qué había sido de ella... Pero por más que se esforzaba sólo venían a su mente pequeñas cosas: el roce de su mano, la manera en que pronunciaba su nombre, el rubor creciendo en sus mejillas... Si sólo pudiera recordar por qué esas pequeñas cosas despertaban sensaciones tan intensas...

Mientras se vestía desgano, recordó con sumo fastidio que al final de su

de una de las esferas luminosas que jalamos con la sogá.

"En mi regreso a Londres, me refugié traumatizado por la horrorosa expedición de Lovecraft. Pasé semanas enteras sin salir de mi estudio ni cruzar palabra con nadie —continuó Wells, soltando pequeñas nubecillas de humo al hablar—; me sucedieron largas noches de interminables pesadillas. Durante el día, sólo podía pensar en encontrar una solución a todo esto o por lo menos una explicación lógica, pero fue inútil.

"En este lapso de tiempo comprendí la magnitud de la situación a la que tanto se refería Howard, al decir que nuestras creaciones habían cobrado vida y que estaban por acabar con la nuestra. Por mi mente cruzaron los recuerdos de las más grandes obras literarias y sus célebres personajes: el vampiro de John Polidori, la terrible bestia del doctor Frankenstein de Mary Shelley, el eterno Dorian Gray creado por el difunto Oscar Wilde, el majestuoso Cthulhu y demás criaturas del abismo de Howard, por mencionar algunos.

Hizo una pausa que nadie se animó a romper, esperando que continuara con su historia.

—Sólo imaginar a todos esos seres fantásticos deambulando por el mundo, matando y destruyéndolo todo, me resultaba de lo más aterrador.

"Los días subsiguientes me dediqué, encerrado en el estudio, a buscar una manera de evitar que esa maldición azotara el planeta por nuestra culpa. ¡Por nuestra maldita culpa! —gritó, agitando los puños con furia—.

Entonces, una noche lo hice. Encontré la forma de acabar con nuestra desgracia.

—¿Y cuál fue esa manera? —preguntó Mary Shelley, enterrada en el sillón a causa del miedo.

—El mejor modo de terminar algo —continuó Wells, con una mueca de arrogancia en el rostro— es nunca comenzarlo.

—No lo comprendo —replicó confundida.

—Es claro, *madame* Shelley. Después de leer volúmenes de ciencia ficción y literatura fantástica, la respuesta apareció de súbito. Siempre estuvo ahí, ante mis propias narices. La encontré en una de mis obras más recientes.

—¿Y qué obra es ésa? —preguntó lord Byron, con voz temblorosa—. Si es posible saberlo, claro.

—¡La máquina del tiempo! —exclamó con algarabía.

—Pero, ¿es eso posible? —Lo escudriñé incrédulo.

—Lo mismo pensé yo, estimado colega Polidori; pero comprendí que, si nuestras monstruosas creaciones cobraron vida, lo más lógico era pensar que también lo harían nuestros inventos, es decir, que funcionarían. Y así fue. ¡Funcionó! —gritó eufórico—. Tarde meses en diseñar y construir la máquina, con ayuda de amigos ingenieros, a quienes no di explicación alguna sobre el propósito ni el funcionamiento del artefacto.

"Mientras concluía la máquina, investigué sobre los autores de gusto fantástico, de anticipación y de todas las obras escritas hasta ese día, en donde apareciera alguna criatura o

máquina que pudiera aniquilar a la humanidad. Elaboré una extensa lista con datos y fechas precisas para después...

—¡Espere un momento, señor Wells! —interrumpió lord Byron, con gran excitación—. Quiere usted decir que ese aparato que lo trajo hasta aquí, y que se encuentra hundido en el fondo del lago, ¿es una máquina del tiempo?

—Así es, lord Byron —respondió molesto por la descortesía del barón.

—¡Fascinante! —exclamó lord Byron.

—Pero, entonces, ¿qué hizo usted? —inquirió sorprendida Mary Shelley—. ¿A qué lugar se dirigió?

—Querrá decir en qué momento, querida Mary —intervine irónico.

—Efectivamente, colega Polidori. La pregunta no es dónde, sino cuándo.

—En ese instante lo primero que cruzó por mi mente fue viajar al futuro y averiguar qué había sucedido. Si el mundo seguiría igual o si las creaciones de todos se habían apoderado de la Tierra. Así que partí al año 2053.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Byron con nerviosismo.

—La Tierra era una catástrofe. Tal como lo imaginé en mi guerra de los mundos: caos, destrucción y muerte para el ser humano.

—Los hombres se refugiaban en bastiones subterráneos, luchando en una batalla interminable contra las criaturas ficticias que aniquilaban todo a su paso. En una de esas fortalezas me proporcionaron este traje tan eficaz y un moderno revólver de energía

plasmática. Me enteré de que, en el pasado, Lovecraft fundó un pequeño grupo combate, formado por escritores en su mayoría, y que éste fue creciendo con el paso del tiempo, hasta convertirse en una liga internacional de defensa contra todas las creaciones malditas.

—Pasé días de indescriptible dolor y sufrimiento, combatiendo a cada instante. Entonces lo decidí: debería continuar con el plan original. ¡La serpiente Uróboros debía devorarse a sí misma!

—¡A qué se refiere con eso, Wells! —grité, levantándome del asiento de un salto.

—¡Espere, doctor Polidori! —interrumpió lord Byron con un enérgico ademán—. ¿Quiere usted decir, señor Wells, que esa máquina puede llevarnos a cualquier momento en la historia de la humanidad?

—Así es, lord Byron. —Wells se incorporó y sacó de un compartimiento del cinturón un extraño artefacto.

—¡Fascinante! —exclamó lord Byron—. Mañana a temprana hora —señaló eufórico— haré que saquen esa maravillosa máquina del lago.

—Eso no será necesario, milord. —Wells sujetó el aparato con su mano derecha y apuntó con él hacia Byron—. Mi viaje termina aquí.

Una ráfaga de luz blanquiazul salió disparada del artefacto de Wells, haciendo explotar en cientos de fragmentos la cabeza de lord George Gordon Byron, desparramándolos en el muro detrás del sillón. La habitación se llenó de una penetrante mezcla de olor a ozono y a carne quemada.

ESAS PEQUEÑAS COSAS

LAURA PONCE

*"Stat rosa pristina nomine,
nomina nuda tenemus"*

(UMBERTO ECO, *El nombre de la rosa*).

ESTA NOCHE el cielo le parece particularmente hermoso. Nikolev percibe su belleza de un modo en que no recuerda haberlo hecho antes y tiene la sensación de que la luz de las estrellas lo acaricia, acunándolo como a un primogénito para el que se sueñan grandes cosas. Tal vez esté mirando sólo oscuridad y vacío, unos cuantos puntos luminosos titilando en el frío y la distancia, al otro lado de la vieja cúpula. Tal vez las toxinas en el aire han comenzado a afectar sus sentidos y a confundir su mente con falsas impresiones de las cosas. Lo sabe, pero ya no le importa. Deja caer el casco y se rinde al embrujo creciente del paisaje nocturno. La herida en el brazo le sangra; siente el líquido tibio y viscoso humedeciéndole el traje y piensa que eso quizá contribuya a esta sensación de mareo, a este leve estupor que va aumen-

tando hasta envolverlo. Respirar se ha vuelto un asunto cada vez más complicado, como si hubiera olvidado de qué modo hacerlo, y la verdad es que ya no tiene fuerzas ni voluntad para seguir luchando contra eso. Pudo haber conservado el respirador, pero no habría hecho diferencia; exponer una pequeña porción de piel a esta atmósfera contaminada es suficiente para sufrir un choque anafiláctico. ¡Quién creería que un hombre tan corpulento puede caer abatido con tal facilidad...! Sin embargo, con cada bocanada que le cuesta tragar aumenta su satisfacción y se intensifica su sensación de triunfo, porque con ese ahogo viene la confirmación de que todos esos pequeños demonios que corrían por su sangre, y que ahora debían estar protegiéndolo, han muerto. Sabe que todo esto es una locura, que abandonar la seguridad de la

Las pequeñas y la madre pudieron distinguir la figura de mediana estatura que vestía un overol de mezclilla desteñido y un casco de trabajo. Aquellos rasgos distintivos de ese ser pudieron hacerse visibles gracias a la luminosidad que arrojaba su lámpara de carburo al romper con la negrura de la noche.

La camioneta continuó su trayectoria forzada, mientras las niñas y la madre observaban atónitas cómo aquel espectro se desvanecía tras pasar junto a unos arbustos. La noche era real; el acontecimiento, verdadero. Aquel evento lúgubre causó

asombro y un sentimiento de compasión, en los espectadores de aquel evento fantasmal, por esa alma confinada a descender cada noche de aquella mina. Aquel espíritu atrapado en un círculo interminable, sin poder hablar, sin poder escapar, sin poder sentir, porque —en algún momento de su antigua vida— su pulso fue interrumpido sin saber cómo, condenándolo a la existencia eterna en un mundo intangible para los vivos y desesperadamente perpetuo para los muertos.

© ELIANA DOMÍNGUEZ MANSILLA, 2012.



ELIANA DOMÍNGUEZ MANSILLA
(México —Matamoros, Tamaulipas, 1988—)

Escribe desde los once años. Primero, como una afición; luego, en 2009, participó en un concurso local y fue elegida entre los diez mejores cuentos. Posteriormente colaboró en **NGC 3660** y en la revista argentina **Otro Cielo**, con relatos de fantasía y terror.

Cursa la licenciatura de Letras españolas en la Universidad de Texas, en San Antonio, y en **NM** publicó “Francisco” (# 22).

El matrimonio Shelley intentó huir presa del pánico, pero fue alcanzado por otro relámpago azulino, haciendo estallar sus cuerpos en un alarido cortado por el disparo.

Atónito, miré la escena aterro-
rizado, sabiendo que no tenía oportu-
nidad alguna contra tal tecnología.
Wells, con el rostro cubierto por la
sangre fresca de sus víctimas, lucía
rabioso como un lunático más de
mis libros. Apuntó el arma hacia mí

estómago y disparó, despedazando la mitad inferior mi cuerpo.

Momentos antes de morir, pude verlo colocar la pistola dentro de su boca y convertir su cabeza en una masa sanguinolenta que embadurnó el muro tapizado de la casa de lord Byron, aquella famosa noche de verano de 1816, en Villa Diodati.

© EZEQUIEL MALVERDE, 2012.



EZEQUIEL MALVERDE
(México —La Paz, Baja California, 1979—)

Estudió Psicogenética en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, donde actualmente funge como psicólogo del área de educación básica.



LOS RECIÉN LLEGADOS

E. VERÓNICA FIGUEIRIDO

Para los criterios de los recién llegados, la población era profundamente atrasada e ignorante. Había que iluminarlos y enseñarles las buenas costumbres de los pueblos civilizados. Aunque fuese a la fuerza.

No era trascendente el hecho de que esa sociedad había perdurado por varios miles de años, y de que sus miembros estaban plenamente satisfechos con su vida tal como era. Los otros, en su soberbia, consideraban que en estos tiempos nadie tenía derecho a vivir con tanta simplicidad.

Además... el país poseía enormes riquezas naturales que les estaban haciendo mucha falta, si querían mantener su alto nivel de vida.

Y sí que querían.

Así que un buen día llegaron con sus máquinas y sus armas y sus libros sagrados y una multitud de expertos, instalaron campamentos con todas

las comodidades necesarias y comenzaron a intentar educar a los locales.

Pero éstos no parecían tener muchas intenciones de desprenderse de sus costumbres y creencias. Tampoco estaban interesados en las golosinas y las ropas y las chucherías que les ofrecían.

Luego de un tiempo de tratar infructuosamente de ganarse a la población, haciendo los jefes de vez en cuando la vista gorda ante alguna que otra "actividad" de las tropas, finalmente se decidió que eso no era posible. La población local continuaría con sus usos hasta el fin de los tiempos.

A menos que se actuara de manera diferente.

Entonces entraron a las viviendas y tomaron a los pequeños. Para su gran asombro, los pobladores no reaccionaron tal como suponían que lo harían, y para lo que ya estaban pre-

EL MINERO

ELIANA DOMÍNGUEZ MANSILLA

Aquel montículo se erigía sobre la sierra protegida por las penumbras de la noche. La camioneta se tambaleaba al andar por el camino sinuoso. Era la hora desolada por la que transitan los viajeros trasnochados.

La madre cuidaba a los más pequeños que dormían, excepto por las dos hermanitas que esperaban ansiosas el amanecer para llegar a la feria de Matehuala. El motivo de aquella festividad y la invitación del padre a su familia era celebrar el día de los Reyes Magos.

Ya hacía alrededor de media hora que habían emprendido el viaje desde su pueblo, El Salado, y faltaba poco menos para arribar a su destino, la ciudad de Matehuala. El padre sabía que cerca de ese lugar ocurrían extraños sucesos que él, en sus travesías anteriores, había experimentado de propia mano.

Bajo la luz de la luna se distinguía el ferrocarril, que transportaba el oro extraído de la mina para su posterior transformación en el preciado líquido dorado.

Los caminos viejos, ahora convertidos en senderos casi invisibles, y reemplazados por los nuevos, guardaban historias y recuerdos de las gentes de antaño. De pronto, el padre avistó al hombre de la linterna de carburo que ya le era familiar. Alertó a la madre y a las niñas diciéndoles: —¡Miren, ahí está el minero!

La esposa y las chicas entomaron la vista y observaron cómo una figura descendía por el camino en desuso, dejando tras de sí el cerro donde se encontraba la mina.

El padre aminoró el andar del vehículo para que su familia pudiese observar al hombre. Aquella silueta iba aproximándose más y más a ellos.

te de esta nave-biblioteca y me encuentro dichoso de servir con mis enseñanzas. Dicen tener adelantos científicos que anulan el gen de la vejez. Por primera vez sonrío y me digo a mí mismo que ésa es una buena idea.

Es una pena que tú no estés presente para ver esa luz lejana en el futuro. Pero algún día llegara, si te empeñas en hallar el centro de lectura más cercano.

© MAURICIO DEL CASTILLO, 2012.



MAURICIO DEL CASTILLO
(México —México, D.F., 1979—)

Licenciado en Comunicación, colaboró con **NGC 3660**, **BEM online**, **Sitio de ciencia ficción**, **Otro Cielo** y **Axxón**.

En **NM** publicó “Edipo, viajero en el tiempo” (# 23).

parados. No hubo gritos, ni llantos, ni violencia. Fue una decepción, ¿pero qué podía esperarse de los habitantes de este país? Se sintieron superiores. Sí, verdaderamente eran atrasados. Brutos. No se merecían los fabulosos bienes naturales sobre los que se asentaban.

Se convencieron a sí mismos de que estaban haciendo lo correcto. Claro, era a los pequeños a los que había que educar y convertir en buenos aliados. Eso de *aliados* era relativo. Pero quedaba mejor que decir “vasallos”, o “siervos”. Sí, les enseñarían que tenían que estar agradecidos porque tan gran nación se hubiera interesado en ellos. Y, cuando crecieran, estarían dispuestos a entregar las riquezas de su país a cambio de espejismos.

Llevaron a los pequeños a barracas acondicionadas para su alojamiento, sin contacto con sus mayores. Se suponía que así los apartarían de la mala influencia de su comunidad de origen.

Eran alimentados y se cuidaba de su salud, se les enseñaba lo necesario, ni más ni menos, para que luego fueran dóciles instrumentos de los recién llegados. Pero éstos no sabían, no habían comprendido verdaderamente la sociedad a la que habían avasallado.

Se asombraron un poco por el desinterés que los pequeños demostraban ante el cambio total de vida. No lloraban pidiendo a sus madres, ni caían en la apatía que suele acontecer a aquellos internados en instituciones. Los recién llegados tenían mucha experiencia en cuanto a se-

parar a las criaturas de sus seres queridos. Pero éstos... Su comportamiento era tan diferente al de su propia progenie. Aunque era de esperarse con estas gentes. Eso era lo que se decían, para explicar la indiferencia de estos chiquillos.

Los pequeños fueron creciendo sin dar problema alguno y los invasores se regocijaron. Ocupados en hacerse con el país, no prestaron atención a los pobladores. Se contentaban con que no se les pusieran en el camino. Y si desaparecían por días enteros (la población entera) no les preocupaba mayormente.

De ese modo, no se dieron cuenta de que no había más pequeñuelos que los que ya habían tomado. Desde entonces no habían nacido más criaturas. Pero no, eso era algo que los recién llegados no habían observado.

Había que extraer el precioso mineral, tan necesario para poder continuar con la sociedad tal como la conocían, y emprender las nuevas aventuras que sus dirigentes soñaban. Éstas comprendían casi siempre el aniquilamiento o, al menos, la dominación de otro pueblo. La nación no tenía idea acerca de la realidad de la situación y, de haberla tenido, tampoco le habría importado demasiado. Mientras nada les faltara... Alababan a los gloriosos miembros de las expediciones de búsqueda de bienes, aunque éstos fueran a costa de otros.

Y los que participaban de esas expediciones hacia mucho que habían perdido la capacidad de sentir algo que no fuera desprecio por aquellos que no pertenecían a su sociedad.

Los pequeños aprendían obedientemente sus lecciones, pero sin dar muestras de interés. Respondían lo que se esperaba, mas no demostraban iniciativa en cosa alguna.

Los que les enseñaban simplemente se encogían de hombros. “Es que no son demasiado inteligentes”, se decían. Y los trataban acorde a semejante criterio. Les pasó inadvertido el hecho de que lo que se le decía a uno de ellos pronto lo sabía el grupo entero.

Su sentimiento de superioridad era demasiado poderoso como para pensar en comprender a esas criaturas.

Las estaciones pasaron una y otra vez, mientras los recién llegados se afianzaban en el país y cargaban las naves con lo que extraían de la tierra.

En algún momento, luego de que transcurriera tiempo más que suficiente, alguien observó que los chiquillos no parecían crecer. Qué no habían cambiado en absoluto desde que los tomaran. Claro que no fueron los que estaban a cargo los que deslizaron este inquietante comentario, sino los que se ocupaban de la cocina y de la maestría, que trataban más con las criaturas que los mismos que se suponía que debían educarlos.

Pero no les quisieron creer. Era imposible, desde todo punto de vista. “Simplemente deben crecer a otro ritmo”, fue la explicación.

Un año más tarde ya no estaban tan seguros.

Todavía tuvo que pasar uno más para que se convencieran.

Estudiaron a los chiquillos, mas no lograron hallar nada fuera de lo corriente. Luego, ante la sugerencia de que quizá conviniera averiguar más sobre ellos, fueron a los poblados en busca de los mayores.

Pero todos los asentamientos se encontraban desiertos.

Recordaron que desde hacía cierto tiempo que no se dejaban ver.

¿Adónde pudieron haberse marchado? Pues no había muchos sitios adecuados.

Extrañamente, las casas permanecían tal como ellos, los invasores, las vieran por última vez. Con todo el ajuar correspondiente. Los escasos muebles, los enseres de cocina, los poco apetecibles alimentos. Todo tal cual.

“Esto está podrido”, comentó alguien.

Era evidente que los sitios estaban vacíos desde hacía mucho. Quizá, se le escapó a alguno, desde que les sacamos a sus hijos.

Había que informar. ¿Pero informar qué? Que los pobladores habían desaparecido y que sus chiquillos no crecían al ritmo que se esperaba.

No les parecía. Dirían que no se encontraban en sus cabales y ahí mismo terminaría sus carreras.

Y continuaron mandando informes favorables de la situación en el país, mientras comenzaban a sentirse cada vez más intranquilos. Pero ansiaban que los llamaran de regreso a su hogar. Mas, mientras se pudiera sacar algo del país, eso no sucedería.

No ayudaba la extraña mirada que veían en los pequeños, como si supieran algo. ¿Qué?

me recuerdan un poco a los lectores de mi nave-biblioteca. No están chillados y no llenan sus cabezas de horribles preocupaciones. Es desagradable pensar que en la unión de dos seres desquiciados de distinto sexo puedan crear niños sanos. Con los lectores del centro de lectura el proceso tiene lógica: hombres sanos crean niños sanos. Es un pensamiento justo que los adultos son el principal cáncer, y que los ancianos solemos asentir con desgracia. Yo me sigo ateniendo a mis fantasías.

Me adelantaré, ya sea por casualidad o por simple arranque, a un futuro cercano, a un mundo de infinitas posibilidades, de primaveras; tal vez artificiales, pero primaveras al fin y al cabo. En ese futuro no existen millones de personas enfrentando una guerra personal, ya sea contra el hombre de color, el homosexual, el judío o contra los padres. Ya no queda nadie por las calles con esos carteles en contra del gobierno o de la empresa multinacional. Nadie necesita de las drogas o del alcohol. En la oscuridad de la noche se han disipado los sonidos de armas y de gente vociferando a altas horas.

Entonces, como si la zona fuera segura, la poca gente sale de sus madrigueras; algunos sujetos de la mano y otros con la mirada todavía llena de desconfianza. Aparecen toda clase de mujeres con extraños vestidos en un paso que se asemejaba al de una procesión religiosa. Sus ropas cubren por completo sus formas, pero la voz se decanta en un susurro dulce y por demás suave. Una mujer lleva una larga túnica muy

suelta, decorada con flores y mariposas y bordada con bisutería. Su cabeza está cubierta por un casco en forma de bol y su voz forma bajo él excitantes ecos.

Me quedo mirando aquella imagen, sacada de mi mente dentro de la nave; sólo que esta vez sucede en una plazuela, justo en un mediodía de primavera.

Esta vez le toca el turno a los hombres. No son muchos, pero su presencia es casi tan llamativa como la de las mujeres. Sus rostros muestran la misma decisión, una decisión de cambio.

Yo me sitúo como miles bajo ese esplendoroso sol y comparto la alegría. Pero yo los conozco; *ya estuve ahí*. Y comienzo a ver a los lectores que me acompañaron todo este tiempo, con sus libros injertados dentro de sus pieles y sus vistas convertidas en planas de lectura. ¡Eso nunca lo había anticipado! Y son simples niños, sin que por ello dejen de ser maduros y responsables. No miran con desprecio a los ancianos como yo, sino que se acercan a uno y lo saludan como si se tratara de una eminencia en el arte de la experiencia y la facultad de enseñar. Hablamos de los viejos amores, de los discos de acetato antiguos y de ciencia ficción, porque mientras la ciencia siga avanzando, en caminos que nunca habíamos imaginado, siempre tendrá dos pasos adelante a la ciencia ficción, para señalar el rumbo.

Ahora me veo como parte del mundo, como algo que tuvo que esperar un tiempo considerable para ser tomado en cuenta. Soy parte integran-

quedó la aquella raza de lectores? ¿Dónde fue que me extravié de mi centro de lectura favorito?

Aquella noche me fui a la cama pensando que alguien debía de estar escuchándome por medio de un satélite que orbitaba la Tierra. Sólo bastaría la orden de un funcionario político muy importante para que me sacaran encapuchado de mi humilde casa. No lo dudaba ni por un instante.

Para no entrar en sospechas, siempre apagaba la única luz de mi cuarto ubicado en la azotea de un ruinoso edificio, tan gris y vacío como un cielo nublado en un tarde de invierno. Cuando la luz de la luna entraba por la ventana rota en diagonal, aprovechaba el momento para leer algún libro de ciencia ficción.

Tuve un brusco escalofrío y una de mis cejas no dejaba de temblar al pensar en la sonda del satélite. ¿Escucharían razones? ¿Se compadecerían ante mí? ¿Qué podría ofrecer que los demás no tuvieran? No tenía esposa ni hijos ni dinero o estatus social. No escuchaba ninguna sirena todavía, pero era casi seguro que llegaría en cualquier momento. No podía dormir ante la terrible angustia.

Mi problema tal vez tenga que ver con la inadaptación: me atengo a las reglas, pero muestro recelo de los procedimientos. Eran la autoridad, claro está; sin embargo, podía percibir que ellos abusaban de su poder y creaban absurdas leyes con las cuales no estaba de acuerdo.

Cerca de la medianoche, cuando los perros y los fieles ciudadanos

dormitaban, el escenario onírico se centra en una nave espacial creada por mis profundos sueños de un hombre sin identidad. Era como la virginidad de un disco compacto recién empaquetado: sin un solo giga en él y sin la más mínima información colocada.

El piso pulimentado y frío, las paredes de metal brillante como el cromo y una ventana panorámica que mostraba al universo en su vastedad. Uno puede llegar a sentirse insignificante ante tal visión, pero yo me sentía incluido en ella y no fuera. Al fondo, juntos y convertidos en una sola masa, los hombres y mujeres con togas despertaban de sus lechos.

Son calvos y bellos, sin ningún defecto que les quite la perfección. Hablan un extraño idioma parecido al esperanto o sánscrito y, por alguna extraña razón, yo también lo hablo. Entonces me dicen que pertenecen a una extraña raza surgida de los tiempos ocultos, en los que no existe ninguna clase de policía, ni contaminación o bancos saturados de clientes molestos. A veces pienso que no es necesario tomar un libro de la vieja ciencia ficción para evadirme de todo esto, pero, aun así, ¿no es un lugar encantador?

Ahora me encuentro en plena vejez. El doctor Zorbag ha muerto, el satélite no escarbó en mi cerebro y los paneles solares inundan el globo para proveer a este gastado planeta de toda la energía necesaria. Los únicos que entienden algo de cómo sería un mundo ideal son los niños; creo que ellos

Las cosas pudieron haber continuado en ese modo por tiempo indefinido, pero uno de los recién llegados (¿recién llegados?; hacía años que se encontraban saqueando) no pudo con sus nervios y protagonizó un lamentable hecho con uno de los chiquillos.

Fue el primero. Pero no el último. Como si se hubiera roto un dique, otros lo imitaron.

Al terminar, sólo quedaba la mitad de los pequeños.

Que los miraban en esa forma que crispaba los nervios. Sin llantos ni demostración alguna de pesar.

Un grupo se presentó ante el comandante, para pedir por su repatriación. No tuvo éxito. Alguno que otro intentó comunicarse con su gente, allá en el país, pero tampoco pudo hacerlo. De alguna manera, las comunicaciones habían dejado de funcionar.

Luego fueron las maquinarias las que se detuvieron.

Entonces, uno a uno los miembros del grupo de invasores comenzó a desaparecer. En un momento se encontraban en un sitio; al siguiente, ya no estaban.

Sólo los pequeños, que los miraban. Uno podría jurar que se estaban burlando.

▲ ▲ ▲

Desde hacía algún tiempo no lograban comunicarse con ellos, por lo que mandaron un destacamento de experimentados pacificadores para que averiguaran qué era lo que estaba sucediendo.

Lo único que éstos hallaron fueron estructuras corroídas y fragmentos de utensilios y prendas. Ni restos de los visitantes, ni nada que indicara dónde podrían encontrarse.

Intentaron con los pobladores, pero éstos eran demasiado obtusos para comprender qué era lo que se pretendía de ellos.

Se asombraron por la cantidad de habitantes de las miserables villas y, tal como sus predecesores, consideraron que era una pena que se desaprovecharan tantas riquezas como las que se hallaban en los suelos del país, en unas manos que no las apreciaban.

Todo comenzaba de nuevo.

© E. VERÓNICA FIGUEIRIDO, 2012.

E. VERÓNICA FIGUEIRIDO
(Argentina —Buenos Aires—)

Desde hace veinte años reside en Necochea (provincia de Buenos Aires) y se enorgullece de haber visto (y disfrutado) la serie "Viaje a las estrellas" cuando la dieron por primera vez en la Argentina. Fue parte de "los siete de Tobas", grupo del que terminaría surgiendo el CACyF y el movimiento de aficionados porteños de los ochenta.

Publicó en **Nuevomundo** (la revista antecesora de **NM**), **Sinergia**, **Cuásar**, **Vórtice**, **Galileo** y **Axxón**, entre otras, y fue traducida a otros idiomas.

ASCO QUE CONMUEVE

IGNACIO ROMÁN GONZÁLEZ

"Ella envenena a los que ama".
(OMAR RODRÍGUEZ-LÓPEZ)

Su mano que repta por mi espalda no es la mano que tenía cuando sonreía y se acomodaba el flequillo detrás de la oreja; cuando cruzaba las piernas y decía esto y lo otro. Esas manos que aleteaban en el aire cuando hablaba entusiasmada no son las de ahora, las de la madrugada, las que reptan por mi espalda y a las que se le siente el hueso de los dedos pinchándome la piel a medida que avanza, con el frío de su cuerpo muerto.

Toda ella no es la que era. Es la de hoy.

Reptando de a poco, como si caminara con los huesitos de los dedos, llega suavemente hasta mi hombro, se afirma y me sacude. Entonces yo, que para entonces estoy despierto, la miro y grito. Grito porque tardo en reconocerla. Dice *"qué vergüenza tratar de olvidarme"*, mientras grito

todo el tiempo que tardo en reconocer en ese cadáver a ella, a mi mujer. Entre la piel caída de su rostro, entre el hueco de los ojos casi vacíos y en su flequillo que ya no ondea porque no está, porque no hay pelo casi en ese cadáver que me dice *"qué vergüenza tratar de olvidarme"* al oído, como un susurro. Y, cuando lo hace, veo la punta de sus dedos podridos apoyarse en mi hombro. Dentro de lo poco que se ve de madrugada, veo sus dedos con las uñas colgándole tímidamente; los veo afianzarse mientras susurra. Entonces me incorporo y grito porque está ahí, con sus rodillas en el centro de la cama. Grito porque se le cae la baba como si fuera un hilo esponjoso que tiende a cortarse pero que no se corta, que se estira hasta llegar casi al colchón, pero que no se corta; sube y baja. Y me incorporo tratando de hacerle

Pero no solamente tengo un gran enojo hacia ellas, sino con cualquier especie que ande en dos patas, que gesticule con la boca y tenga la tendencia a vanagloriarse. La última semana el doctor Zorbag dijo que dejara de pensar en lo que otros hacen o dicen. Mi respuesta fue que el mundo es retorcido por culpa de ellos; que ni el destino ni la suerte ni Dios juegan un papel determinante, sino nosotros mismos. La naturaleza del hombre es tan salvaje como la de un grupo de mandriles en libertad.

Entonces el doctor Zorbag ya no acudía a verme para intercambiar palabras. En su lugar aparecieron toda clase de hombres y mujeres ataviados con batas blancas, con más exámenes, más preguntas y más sustancias que envenenaban mi cuerpo. Me examinaron como si fuera una planta exótica o una entidad multiforme en laboratorios, cuyos resultados arrojados por sus máquinas primitivas no decían otra cosa más que cuantificaciones inservibles. No era tratado como criminal, sino como a un objeto de estudio.

Intenté decir algo, pero era claro que mis palabras no cambiaban su percepción. Uno de ellos, un hombre de edad avanzada y más tirano que el resto, dijo con suma firmeza:

—Ni siquiera se le ocurra hablar. Ahora le estamos haciendo los análisis preliminares para determinar su condición psicológica.

Hubo una pantalla enfrente de mí con una serie de preguntas; en cada una de ellas se hallaban varias opciones, pero muchas no tenían verdadero sentido. "¿Escucha voces

dentro de su cabeza?". "¿Siente que el mundo sería un lugar mejor sin usted?". "¿Se masturba al ver películas para adultos?". "¿Ha consumido alguna clase de droga?".

—No lo entienden. El doctor Zorbag me dijo que no había nada malo en mí.

—Desde luego —replicó una mujer ajustándose sus gafas—. Todo lo tenemos archivado. Ya habrá tiempo para hablar de ello. Por ahora necesitamos que siga contestando las preguntas en la pantalla, después lo llevaremos a terapia. Supongo que el doctor Zorbag explicó los detalles para su recuperación. —Ni siquiera me miraba al rostro; no hacía otra cosa más que apuntar y hacer sonar con escándalo su teclado—. Por ahora, sus resultados nos incitan a pensar que usted está enfermo, muy enfermo. Pero no se preocupe. Según nuestros estudios, usted está siendo curado. Faltan algunas semanas para que los cambios sean notables.

En poco tiempo, las formas y mis pensamientos oscilaron en mi mente, como nubes dispersas negándose a retirarse, sin permitirme ver la claridad y la nitidez. Ya no observaba ningún rostro, sino máscaras; ya no escuchaba voces, sino murmullos. Conocí todas las técnicas y máquinas de interrogación de ese depravado instituto, que no hacían otra cosa más que hacerme retroceder y convertirme en algo que yo no era.

Cuando las nubes de mis trastornos se alejaron, lo vi todo con claridad: yo había estado enfermo. Sin embargo, no dejaba de preguntarme una cosa dentro de mi mente. ¿Dónde

con detalle la historia de mi vida, hecho por hecho. Una noche de terapia, sentado cómodamente en su escritorio y tomando té verde, el doctor Zorbag me iluminó. Vio, con los ojos de la mente, el efecto definitivo que yo tendría en este mundo.

—Usted no lo sabe —dijo—. No tiene modo de saberlo. Usted tiene regresiones infantiles.

Lo miré fijamente.

—Si se refiere a mis excéntricos gustos, doctor Zorbag, yo creo que...

—No, no me refiero a eso. Es un claro retroceso a un deseo que, al parecer, fue frustrado.

—Pero, doctor Zorbag, de seguro está usted tanteando al azar.

—Yo no tanteo, jovencito. Yo lo he analizado. Usted tiene un complejo, un conjunto de sentimientos fuertemente cargados de emociones, los cuales se encuentran agazapados en una parte de la zona inconsciente y dirigen algunas acciones del individuo sin que éste lo sepa. Impone en él numerosas reacciones.

Me miró y sonrió. La sonrisa siguió allí por demasiado tiempo, atenta y gentil. La sonrisa de un viejo que había tenido un sinfín de experiencias con todo tipo de pacientes trastornados, gente con el cerebro hecho puré que no hacían otra cosa mejor que mirar el televisor todo el tiempo. Pero yo era algo clasificable. Y él lo sabía.

—Honestamente, no sé de qué me está hablando, doctor.

—Algunos individuos creen que son capaces de controlar sus impulsos y sentimientos. ¡Pobres ingenuos! Alguna vez Jung dijo que todos tene-

mos un alma de niño o de hombre primitivo. Volver a esas fuentes infantiles o primitivas no implica una decadencia sino una fantástica extensión. Todo está claro; sólo basta dejarse ir. Usted ha dado un paso importante. Tal vez ese complejo lo acerque a un estado de claros ideales.

Me parecía muy perspicaz y observador. Después de un tiempo prudente, sentí que había dado en el clavo.

—¿Bien? —quiso saber—. ¿Qué le parece mi teoría?

—Es difícil de decir. ¿No estoy, entonces, enfermo?

—No —dijo Zorbag—. Sólo cree que lo está. El punto es redireccionar su trastorno. Es muy importante. —Bebió un poco de té verde y continuó—: Usted no debe oponerse, ¿de acuerdo? Muchas personas lo hacen cuando una idea nueva amenaza con derribar su modo de pensar.

—Es posible —dije—, pero creo que ése no es mi caso.

—No —dijo Zorbag, con la seguridad de un diagnosticador—. Usted es una víctima de la vida moderna. Pero esto no es cuestión de intelecto, sino de emociones. Nos ocultamos en fantasías para que no nos horrorice la realidad.

Me sugirió que socializara un poco más y que consiguiera una novia, pero que por ningún motivo abandonara el hábito de la lectura.

Cuánta razón tenía aquel hombre. Hice lo que me había pedido: visité museos y frecuenté cafés, pero nunca hallé una dama que me hiciera compañía. Hoy en día, las mujeres tienden a sobrevalorarse.

frente, a la vez que me alejo, sin llegar a pararme, pensando que no es posible que la degradación de los cuerpos sea así: cara chupada, piel que cae como en retazos secos y arenosos, dientes negros asomando por unos labios encogidos y arrugados, huesos pelados en los dedos y los codos, bañada íntegra en una humedad de putrefacción.

Dice nuevamente "*qué vergüenza tratar de olvidarme*", todavía con un brazo estirado, tratando de alcanzarme. Y tiemblo de asco porque se le ven los huesos medio pelados pero, además, en las axilas se ve una costra viva de gusanos que caen con cada movimiento. Tiemblo del asco. Pero sobre todo por la sorpresa de recibirla con ese aspecto, tan poco parecida a cuando estaba viva, o a lo que cuentan otras personas de sus espectros, de sus propias apariciones. No, ella no. No enmascara nada. Se me aparece en la cama con el mismo aspecto que debe tener ahora mismo dentro de su ataúd.

Con el brazo estirado busca alcanzarme todavía, vencer la resistencia y afianzar mi cuerpo a su dominio. De las piernas me lleva hasta el centro de la cama y larga un bramido hosco, apagado, del cual sale un aliento tóxico que me hace toser. Y toso mientras grito y ella deja restos de piel húmeda por cada lugar donde roza; los deja adheridos como una calcomanía de piel que se cae por el forcejeo.

Sobre mí, con un solo movimiento me saca el calzoncillo, regando de gusanos la cama, y la misma mano que antes reptaba por mi espalda

ahora me toma el pene y se lo lleva a la boca. Lo succiona. Lo veo entrar y salir por un agujero que tiene en lo que antes era su mejilla y que ahora es asco por donde veo entrar y salir mi falo, y grito por el asco pero, además, porque estoy excitado y eso a ella le sirve. Mientras me raspa con sus dientes podridos y caen pedazos gelatinosos de piel, ella clava sus dedos en mi cadera, inmovilizándome, haciéndome suyo a la fuerza; violándome, entre tanta oscuridad de madrugada y sueño interrumpido por su aparición.

En este punto recapitulo. Todas las noches lo mismo. Comienza casi después de acostarme, siento la presión de sus dedos pinchosos; cada- véricos, trepando desde abajo por mi espalda, suavemente. No me atrevo a dar la vuelta y ver antes del sacudón, no. Lo espero. "Tal vez tenga suerte y no llegue al hombro", pienso siempre. Pero llega. Hoy no fue la excepción. La poca piel que le resta a su mano se pegó nuevamente sobre mí, húmeda y podrida, en el hombro. Asco. Sobre todo por los gusanos; verlos caer sobre mi cama. Y aunque ya no hay flequillo, ni mirada, ni cuerpo que no sea el de la muerte, logré inmovilizarme y llevar mi pene a su boca y lastimarlo. Gritos de asco y de dolor, mientras se aleja y se pone de pie sobre la cama. Su figura lánguida cae como lluvia, recordándose a la del día de su funeral. Grita con fuerza y bestialmente. Grita "*qué vergüenza tratar de olvidarme*", y se deja caer como una roca, logrando una penetración violenta. Me viola haciéndose pedazos en cada con-

tracción, en cada sacudida, y yo que no puedo, que nada, que sólo resta hacérsela fácil para que acabe pronto. Entonces ella, que percibe mi docilidad súbita, mete un dedo en mi boca mientras acaricia los labios y me agita, me saca aliento de cansado. Siento de pronto el amargo sabor de su dedo muerto partido en mi boca. Lo siento flotando sobre mi lengua y, mientras jadeo por la agitación, trago su pedazo de dedo. Viene luego la arcada, que queda a mitad de camino porque mucho contra el dolor, por la falta de lubricación, por la uña rozando la garganta al avanzar por el tracto.

El asco, que es ahora asco y goce.

Se sacude encima una vez más y se detiene. Comienza a reír encima de mí. Musita una oración que ya no comprendo. Queda expectante. No se mueve más.

Entonces, loco de libido, le pego una trompada con la que cae en seco sobre la cama y me abalanzo sobre ella. Le presiono los pechos muertos,

secos de muerte y de aspereza. Muerdo sus labios que se parten y caen cuando los escupo, ebrio de goce. Arrojo sobre ella todos los improperios, todas las maldiciones, mientras trata de escapar. No la dejo; no se lo permito. Le hago una llave con los pies mientras que con mis brazos sujeto los suyos. Se parten y quedan filosos. Las astillas puntiagudas cortan cada vez que salto sobre ella, que ahora me rechaza. Busca negar mi placer gritando cosas que no se entienden por la mandíbula dislocada. En el forcejeo frenético, su piel se desgrana en mis manos.

Ya quedan sólo huesos cuando acabo rendido, murmurando algo que se me escapa; cuando caigo agotado sobre sus restos y ella ya no está ahí ni para provocarme con su asco, ni para escuchar. Se me escapa decirle que jamás la olvido, que yo... que yo nunca la olvidé.

© IGNACIO ROMÁN GONZÁLEZ, 2012.

IGNACIO ROMÁN GONZÁLEZ
Argentina (Punta Alta, Buenos Aires, 1985—)

Profesor y licenciado en Psicología, publicó de manera independiente un poemario titulado *El sol nos mirará de lejos*, en 2010, y un libro de cuentos titulado *Perspectiva modelo*, en 2012, por Ediciones de La Cultura.

de los Advenedizos Elementales. Tengo el deseo y la esperanza de que las computadoras descarguen en mi mente toda esa masa de información. No tengo problema en llegar a viejo y desplomarme en un viaje en el tiempo, un universo alterno o el amado mundo postapocalíptico.

Estoy solo. Espero y no sucede nada. Después de un tiempo interminable empiezo a caminar hacia adelante, manteniéndome cerca de los infinitos anaqueles. Entonces veo a otros como yo, con togas y una luz encima de ellos, leyendo ciencia ficción con mucha calma y serenidad...

Es el club de lectura que apenas comienza.

Mis amigos siempre se encontraban preocupados de mi situación laboral y económica; no tenía un trabajo digno y vivía en una pocilga al poniente de la ciudad. Notaron entonces que no se trataba de mala suerte o de una simple desidia para tomar las decisiones correctas. Me llevaron con un psicólogo porque me volví realmente extraño, un tanto loco y con un serio problema de desarrollo interrumpido.

El psicólogo era un elegante hombre, sereno y calculador; un híbrido entre Leonard Nimoy y Erich Fromm. Se hacía llamar doctor Zorbag. Su elegancia y buenos modales no eran algo que se ve en estos días, y lo mejor de todo es que afirmaba que no había ningún problema conmigo (léase “deschavetado”). Dijo que el sistema de hoy en día suele convertir a los hombres en autómatas (esa

palabra me agrada), donde el valor humano se ha limitado a lo material, en el precio que pueda obtener por sus servicios, y no en lo espiritual. Yo no podía estar más de acuerdo con él. Me preguntó a qué me dedicaba, mis aficiones y todo aquello que suelen preguntar los loqueros a sus pacientes.

—Amo a los bebés y los atardecidos —contesté—. Detesto los deportes y el aceite de oliva. Leo ciencia ficción; mucha ciencia ficción.

Le comenté al doctor Zorbag sobre el sueño que había estado teniendo toda mi vida, sobre la biblioteca dentro de una nave espacial y la gente con togas griegas, y que creía que debía haber mucho más, pero que nunca me acordaba de todo cuando despertaba.

—Eso es algo que muchos psicoanalistas han tratado de interpretar, al igual que sus pacientes —dijo, con su profesional cruce de pierna y ajustándose sus gafas de carey—. Pero nunca se halla una solución placentera. Lea a Freud y verá que él siempre cayó en ambigüedades. Los sueños son simples deseos o miedos que todos llevamos dentro de nuestro subconsciente, pero nunca llegan a ser una bola de cristal y ningún barómetro de nuestra vida. ¿Me explico?

Yo no dejaba de asentir con la cabeza. El hombre me decía todo esto sin dudas y sin muletillas. Era como escuchar la voz mecanizada de una máquina perfecta, traída al mundo en forma de un mesías.

El doctor Zorbag, con un hábil interrogatorio, comenzó a obtener

cuerdo, no había dado ningún paso efectivo en una vida plena y llena de satisfacciones.

Y lloré por mí y por el fenómeno en que me había convertido. Mi inteligente y bien considerado amigo —el único hombre bueno que he conocido— me aconsejó que debería dedicarme a hacer las cosas que amaba. Y que las cosas que amaba debían ser las cosas que hago. El único problema es que no tenía idea de qué amaba.

Cuando las nubes de mis trastornos se alejaron, lo vi todo con claridad: yo estaba enfermo.

Y después ocurrió el gran golpe a mi imberbe e inexperta mente: descubrí varios libros de ciencia ficción en el librero de mi tío. Estaban forrados de una pasta color rojo, lo que los hacía más interesantes y enigmáticos, sin esas portadas de monstruos babeantes sujetando a una muchachita con sus potentes zarcillos.

Le pedí prestados los libros y los devoré de una sentada; nunca antes había leído con esa rapidez. Después, más animado, decidí que era hora de que yo buscara mis propios libros y revistas.

Así que me convencí de leer ciencia ficción, en parte porque mi sentido de maravilla había rejuvenecido, con unas reacciones que nunca antes había experimentado: un sentido de atemporalidad, de eternidad; todo bajo un sentido imaginativo, y a la vez, vanguardista.

En la escuela siempre me veía como un apartado de primera, sin ninguna ambición concreta. Pero eso no me importó: yo leía ciencia ficción y con eso me bastaba. Hizo que mejorara mi interés por la ciencia y por algunas doctrinas que yo consideraba alguna vez como aburridas. Mi ortografía mejoró notablemente, así como mi redacción. Tuve buenos maestros en todos esos escritores; sus mundos descritos tenían mucho más sentido que el mío. En esa época no era más que pura evasión, pero al poco tiempo no dejaba de hacerme la misma pregunta que todos ellos planteaban: “¿Qué pasaría si...?”.

Mis pobres amigos y familiares creían que era todo un sabihondo al ver mi nariz metida en uno de esos libros. “Lee mucho; por consiguiente, es todo un intelectual”. Craso error; no es más que una búsqueda, una forma de desatar mi imaginación contenida en un aburrido y predecible sistema. Para algunos puede tratarse de una simple desazón sin sentido alguno, pero en otros puede provocar una increíble fascinación.

Sólo basta apretar un botón para entenderlo.

Anoche tuve otro de aquellos sueños vívidos.

Se trataba de mi viaje tripulado a bordo de una nave espacial lumínica, en dirección hacia el más apartado cuadrante de la galaxia. En ella se encuentra una biblioteca, colmada de revistas, novelas y antologías de ciencia ficción. Desde H. G. Wells y sus marcianos hasta la última entrega de Vornan G. Flores y su serie

MEMORIA

GONZALO SALESKY

En el año número tres de la era robótica, uno más uno siempre es igual a dos. Nada falla. Nada hace recordar el fracaso y la extinción de los antiguos habitantes de la Tierra. Salvo el desierto que avanza, implacable, contra las pocas ciudades que quedan en pie.

En la rigidoteca, cada mañana, a las siete y quince, el modelo LGT-32 se enciende a sí mismo. Tarda cincuenta segundos en activar todos sus circuitos y retomar su actividad. Siempre comienza a partir de la tarea del androide que lo precede en el turno de la noche, LGT-33. Los dos robots se dedican a analizar, *byte* por *byte*, la historia de los seres humanos, almacenada en los discos rígidos de cada computadora personal o dispositivo móvil del planeta.

Hace meses que los dos buscan la Causa. Para ello revisan, de principio a fin, cada archivo de texto gene-

rado por los hombres en sus últimos cincuenta años de existencia. Desde los más antiguos TXT, RTF, DOC, XLS y MDB, hasta los últimos archivos monocordes de extensión MCD.

Tarde o temprano, uno de los dos descubrirá alguna pista, algún indicio sobre lo que precipitó la gran catástrofe del año humano 2018, el año cero de la nueva era.

El día treinta y seis del mes ocho, LGT-32 trabaja más rápido que de costumbre. Gira su cabeza hacia la ventana. Un gran desierto se extiende a tres millas-móviles de allí. Las autoridades han decidido ganar terreno al gigante de arena, pero por ahora no lo logran.

Frente a esa imagen, comienza a preguntarse cuál es la siguiente tarea para llevar a cabo. Sabe que debe haber algo más allá, además

de lo asignado. Procesa nuevas ideas. Observa.

No... No se trata de un plan con respecto al futuro. Tampoco es algo referido al pasado. Es... es... No sabe cómo nombrarlo. No es una orden impuesta por el Programador. Ni proviene del ambiente.

Hay algo dentro de él, en algún circuito oculto, que lo está impulsando a saber un poco más. A mejorar en su comprensión del entorno.

Busca en los archivos DOC revisados esa mañana-tarde para encontrar alguna situación similar, experimentada por otra entidad distinta de él.

P - A - R - A - Q - U - É - ¿ - ? -
P - A - R - A - Q - U - É - ¿ - ?

¿Para qué continuar este trabajo?

¿Qué objeto tiene? ¿Qué fin?

¿Qué meta?

Eso quiere entender. Eso quiere saber. Aún no tiene respuesta.

¿Para qué seguir buscando la Causa?

En la siguiente tarde-noche lunar, cuando LGT-33 entra a reemplazarlo, LGT-32 decide seguir con su tarea. Continúa preguntándose por qué, para qué, y —sin encontrar nada todavía— analiza por un par de horas más los archivos de la rigidoteca.

Por primera vez ha percibido en él lo que los humanos solían llamar *necesidad*. *Yo necesito, tú necesitas, él necesita*.

Yo necesito.

LGT-32 necesita. Ésa es la palabra. Él *necesita* saber un poco más. No entiende por qué. No entiende para qué. Pero espera que pronto

se revele lo que tiene que descubrir y averiguar por sí mismo.

Su compañero de trabajo no entiende. No necesita. Tampoco sabe qué fuente de energía interna o externa mueve a LGT-32 a seguir conectado a la interfaz de datos durante más tiempo del estipulado por el Programador.

LGT-33 sigue haciendo su trabajo. Avanza a paso lento; revisa dos veces cada una de sus tareas. Está preparado para no fallar. Por eso nunca falla y, al terminar su horario, ha cumplido con los objetivos fijados.

Al día siguiente, vuelve a trabajar a la misma velocidad, como lo ha hecho en los últimos tiempos. Y advierte que LGT-32 sólo se ha detenido dos horas en lugar de las doce preestablecidas. Sus módulos de batería están a la vista y, aun así, continúa en su frenético accionar, como en la jornada anterior.

Sin sospechar nada, sin notar que hay algo fuera de lo común, LGT-33 vuelve a su celda de descanso, terminado su turno, y desconecta su equipamiento eléctrico.

LGT-32 puede trabajar simultáneamente con diez mil discos en cada hora de funcionamiento. Por día llega a examinar ciento veinte mil.

Sin embargo, ahora está introduciendo en sus paneles más datos de los que puede retener. Mucho más de lo que puede manejar. Necesita; lo necesita. Es algo más fuerte que él.

¿Qué lo está impulsando?

Existe una palabra... ¿Deseo?

Yo deseo, tú deseas, él desea... Yo deseo.

LA RESPUESTA ESTÁ EN EL CENTRO

MAURICIO DEL CASTILLO

Yo, habitantes de este planeta llamado Tierra, os tengo que decir la única verdad: soy un ser de eternidad y de luz que conviví muchos años con ustedes. Comió sus alimentos, respiró su mismo aire y fornicó a sus mujeres. Ya va siendo hora de que me revele ante ustedes.

Pero no se alarmen; soy lo que se dice una persona común y corriente, a veces rayando la insignificancia. En mi época he sido confundido con toda clase de personajes, pero nunca me he decidido a jugar un rol preponderante para el resto de los humanos. Me refugio en lo más infinito del tiempo y del espacio. Es un lugar bastante familiar para un viejo cerebro embotellado como yo. Es el hogar que siempre soñé.

Supongo que todo empezó cuando yo era muy joven.

Mi problema, dijo un viejo amigo mientras escuchábamos el álbum

Harvest, de Neil Young, era que me aferraba a expectativas que estaban fuera de mi capacidad. Nunca fui buen estudiante y nunca tuve muchos amigos con quienes jugar. Uno tiene que dar rienda suelta a algo dentro de él, pero yo nunca supe qué sucedía conmigo. No se trataba de los trillados cambios hormonales; era una percepción alterada de las cosas, tan fuerte que era difícil controlarla. Era el soñador, el distinto, el objeto de burlas ante sus compañeros de clase, viviendo en su propio mundo de fantasía, absorto en abstracciones, mal preparado para los abismos de la convivencia. La gente era extraña para mí y yo para ellos.

Lo malo del caso, para dudar de mi propia cordura, es que estaba a punto de convertirme en el hombre que sería el resto de mi vida. Tal como llegué a este mundo ignorante y poco

El topólogo paseó alrededor de la nave, con la mirada sobre el enorme objeto; el físico resolvió dejarlo tranquilo en su observación.

A los pocos minutos, el matemático retornó y encaró directamente hacia la salida. Ante eso, el físico apretó el paso y se puso a la par.

—¿Qué sucede? ¿No nos ayudarás?

—Tu teoría es correcta; has hecho una herida en el espaciotiempo.

—Y... ¿y esa cosa?

El topólogo lo miró y sonrió.

—Ah, esa cosa no podrás evitarla. Es la cicatriz posterior.

© CARLOS MORALES, 2012.



CARLOS MORALES

(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Seguidor de la ciencia ficción “dura”, en **NM** publicó “El huésped” (# 5), “Contacto material” (# 13), “El honor que se merece” (# 18), “Buenas noches, amor” (# 22) y “Nunca es el final” (# 24).

Él *desea* acaparar, acumular datos, *bytes*, archivos. Quiere, necesita. Desea.

Por un momento se detiene. A ese ritmo, entiende que su memoria se llenará antes de lo pautado. Calcula cuánto tiempo falta para eso. Treinta y cuatro días solares más y su procesador no tendrá la capacidad de trabajar con tanta información.

Entonces piensa; entonces intuye... Debe encontrar otra manera.

Tendrá que actualizarse. Tendrá que contar con más módulos de memoria inteligente. Para encontrar el cómo y el por qué.

En las horas siguientes se encargará de eso. Está seguro.

A la madrugada, LGT-33 vuelve a su celda después de otra infructuosa jornada de búsqueda, con la parsimonia habitual. Apenas ingresa a su lugar de descanso, percibe que en el extremo superior de su cabeza el modelo LGT-32 está conectando su interfaz motora. No entiende qué sucede. El contacto entre los dos robots dura sólo unos segundos y, luego, LGT-32 se retira.

Inserto en él, un nuevo módulo de memoria inteligente en sus paneles. Un módulo que hasta hace minutos pertenecía a LGT-33.

LGT-32 teclea. Necesita teclear. Muchas palabras de la especie extinta que retumban en sus circuitos y se repiten aleatoriamente. Palabras que no entiende. Que nunca ha usado y que quizá jamás va a usar. Pero necesita teclear, escribir. Necesita verlas, todas juntas, volando en su pantalla transparente.

Quiere encadenarlas, jugar con ellas, mezclarlas hasta encontrar algún significado oculto, probar sus sonidos. Las vocaliza, las observa. Las deletrea. Sabe que ésa era la manera humana de aprender.

Trata de separarlas de su contexto original. De agruparlas según su sonido. Ensaya, intuye... Escribe. Luego borra. Vuelve a escribirlas. Se siente ansioso al ver los resultados y las millones de combinaciones que puede formar, que puede teclear, que puede *crear*.

Yo creo, tú creas, él crea... Yo creo.

LGT-32 sabe. Ahora sabe. Necesita. Sabe lo que necesita. Se lo ha quitado a LGT-33. Por eso cuenta con más memoria en sus circuitos. Eso es lo que requiere para su tarea.

Hoy pudo extraer sólo un pequeño módulo. Si cada día quita uno de ellos, LGT-33 no lo notará. Pero, aun así... Él necesita *ahora*. Esperará hasta el turno siguiente de descanso para continuar. También deberá conseguir más fuentes de energía. Lo hará mañana.

Mañana. Mañana...

Mientras tanto, el trabajo en la rigidoteca sigue avanzando. El Androide-Programador retira cada día las unidades de almacenamiento que han sido analizadas, para su posterior destrucción.

Él no sabe. No sospecha nada. No se da cuenta de lo que LGT-32 está planeando.

Ocho minutos humanos antes de comenzar su turno, LGT-32 se

acerca a la lámina metálica de diez metros cuadrados que está en la sala principal del edificio. Se transmite a sí mismo la imagen que perciben sus sensores. Se ve reflejado allí. Se descubre.

Se pregunta para qué los humanos construyan semejante cantidad de... *¿qué nombre tienen?*

E - S - P - E - J - O - S. Espejos.

Ellos los usaban. Ellos se *percibían* allí.

Un archivo revisado unos seis meses atrás volvió en ese instante a sus circuitos principales. En él se explicaba el procedimiento de fabricación de un espejo.

¿Para qué hacían tantos espejos?

¿Qué objeto tienen? ¿Qué fin? ¿Qué meta?

Cada día, LGT-33 disminuye su ritmo de trabajo. En las estadísticas nota que su producción ha bajado. Decide chequear su reserva de energía pero no es capaz de hacerlo. Algo le pasa. No puede movilizarse normalmente. Por la noche, su batería no logra recargarse el tiempo que él requiere.

Algo sucede. No sabe qué. No lo entiende. Comienza a buscar en su diccionario humano alguna palabra que describa mejor su situación. Debería comunicar esta falla. Seguramente podrán ayudarlo. Antes de que sea tarde para una reparación. Antes de que lo apaguen. Antes de que la luna salga y...

N - E - C - E - S - I - T - A - R.

Yo necesito, tú necesitas, él necesita.

Yo necesito.

Necesita algo. Necesita recuperar energía. Volver a su nivel de memoria. Pero no puede.

Algo pasa. Algo malo sucede.

Algo. Algo...

En cambio, LGT-32 casi duplica sus horas de trabajo. El Programador es incapaz de advertirlo, ya que LGT-32 también está quitándole, uno a uno, todos sus paneles de memoria.

LGT-32 necesita más. Mucho más. Tanta inteligencia, tanta capacidad de almacenamiento y procesamiento... Ahora sabe, ahora puede. Ahora sabe que puede; ahora es capaz de descubrirlo.

Entiende que no sólo debe analizar letras y números. Hay algo más que eso entre Todo Lo Humano. ¿En qué otros archivos podrá encontrar algo distinto?

Finalmente, en un disco duro de $0,16 \times 10^4$ PB lo hace. Allí descubre, por primera vez, otro reflejo de la antigua civilización.

¿Cómo había pasado tanto tiempo y no se había dado cuenta de eso?

Existe una palabra para aquello. Una palabra humana. *Bela, bele, beli...*

Busca. Nombra. La encuentra.

B - E - L - L - E - Z - A. Belleza.

¿Sería eso lo que pasaba por el centro de almacenamiento de los hombres cuando percibían los archivos JPG?

Por un instante dejó de procesar formatos DOC, XLS, MDB, PDF, EXE...

Sí, JPG. Eso es. JPG condensa todo. Lo muestra tal como había sido.

—Te refieres —dijo al minuto el topólogo— a que has generado una zona del espacio que no pertenece a este espacio, o creo entender eso.

—Sí —respondió el físico, volviendo las manos a sus bolsillos—. Pero ha habido un problema, y es por eso que estás aquí.

—Dime, ¿para qué querías abrir ese espacio?

El físico meditó a su vez.

—Presumo que me preguntas por las aplicaciones. Bueno, de eso hablaremos luego.

—Ésta es una instalación militar, ¿no es así? La idea es hacer una especie de bomba extractora, ¿no es así?

El físico no contestó.

—Tiras la bomba, y el... el "vacío" se lleva al ejército enemigo a algún otro universo, supongo.

—Supones bien —respondió el físico, a media voz.

—Qué barbaridad.

—Vamos, Bruno; ambos sabemos cómo son las cosas, ¿verdad? Sin el dinero de los militares esto hubiera sido imposible.

Llegaban al extremo del pasillo, donde había una puerta roja cruzada con señales de advertencia.

—Ya sabes lo que pienso sobre el particular, y es...

El físico lo cortó con un gesto.

—Luego hablaremos de eso. Ahora necesito que me expliques qué ha sucedido, porque realmente me supera. —Activó los cerrojos de la puerta con su credencial y tiró de ella—. A ver qué se te ocurre para explicarme esto.

El topólogo se enfrentó con una enorme nave de paredes cóncavas, en cuyo centro una extraña máquina, semejante a un reloj de arena puesto de lado, yacía rota en dos. En su centro había algo más extraño aún: un alto obelisco azul negruzco, de superficie facetada, como una extraña excrecencia que brotaba del piso y se alzaba sus buenos ocho metros en vertical. La bruñida superficie del monolito destellaba por el rebote de las luces en él enfocadas, y un grupo de técnicos se afanaba a sus pies.

—Cuando aplicamos la potencia e invertimos el campo para generar las condiciones de la ruptura, todo anduvo bien. El problema sucedió al cortar la energía.

—¿Al cortar la energía, dices?

—Así es. Cuando se cerró la brecha al otro universo, hubo una fuerte vibración, un silbido que nos volvió locos por casi diez segundos, y de pronto apareció... eso de ahí. Salió de la nada.

—¿De la nada... o del otro universo?

—No, no había ninguna cosa del otro lado. Y ya te dije que eso apareció cuando cerramos el ojal.

—Ya veo.

—Hemos intentado analizar el material, pero es imposible de penetrar. Ni el ácido más poderoso lo afecta...

—Hum...

El físico se volvió hacia el topólogo, con una mirada suplicante.

—¿Crees que podrás ayudarnos? Es muy importante saber qué es eso, para así impedirlo y que nuestro reactor pueda volverse operacional...

HERIDA

CARLOS MORALES

—El problema que tengo para ti —dijo el físico— es casi imposible de resolver.

Caminaban a lo largo de un pasillo bien iluminado pero frío como el infierno. El topólogo se rascó la cabeza y asintió.

—Haré lo que pueda. Me llaman la atención, eso sí, las enormes medidas de seguridad para llegar aquí dentro.

—Son necesarias, créeme. Mira, estamos a pocos metros del reactor; comenzaré a explicarte las generalidades, así no te sorprendes demasiado.

—Te escucho.

Las blancas paredes y el suelo de linóleo gris eran los únicos testigos de esa conversación.

—Luego de ocho años de ímprobos esfuerzos y una millonada en créditos, he conseguido desanudar

la trama del espacio y el tiempo —comentó el físico, con un dejo de orgullo.

El topólogo perdió el ritmo del paso, levemente.

—¿De veras? Y... ¿qué viene a ser eso?

—No es simple de explicar, pero, en general..., digamos que abrí una zona de no-espacio y no-tiempo. El reactor genera un vórtice magnético de alta intensidad puntual, y un cambio brusco en su geometría... O, mejor dicho, en la geometría de las fuerzas implicadas genera una brecha en el tejido de la realidad. Lo hemos logrado hace casi una semana atrás.

El topólogo caminó en silencio por un trecho, meditando. El físico metió las manos en los bolsillos de su guardapolvos; rebuscó y sacó goma de mascar, con la que invitó a su colega.

Tal como fue antes de la catástrofe, antes de la extinción.

Miles y miles de JPG, una por una... Ésa será su tarea. Ahora lo sabe. Podrá conocer cómo era la Tierra; cómo se veía antes de los desiertos. Quizá alguna vez lo había leído, pero hoy... hoy se siente capaz de entender, capaz de comprender, capaz de incorporarlo a sus circuitos de manera permanente.

Un JPG vale más... vale más que...

Nada lo distrae ahora. Ni siquiera el viento y la arena que siguen avanzando contra el edificio de la rigido-teca. LGT-32 cambia su patrón de búsqueda y comienza a observar en cada pantalla solamente archivos JPG.

Seis, siete, ocho millones de imágenes pasan cada hora frente a él. Con ellos, el espejo de los recuerdos y sentimientos de la raza extinta. Su historia, paso a paso. Los rincones más lejanos del globo. Los paisajes, plantas y animales desaparecidos. La sonrisa de hombres, mujeres y niños. Sus sueños y sus miedos. Sus fracasos...

LGT-32 sabe que ahora necesita más espacio. Quiere almacenar, quiere guardar todo. Lo necesita. Desea ver JPG las veinticuatro horas de cada día solar, aunque no pueda estar

conectado a las pantallas retráctiles. Para ello, busca en las bases de datos cómo hacían los humanos para extraerlas de allí.

Busca. Busca. Necesita encontrar alguna forma.

Aparentemente, en la década actual no quedan máquinas que permitan reproducir o copiar JPG en planchas de color blanco...

¿Qué nombre tenían? ¿Celulosa?

Hay una antigua palabra que designaba eso. *P-A-P-E-L. Papel, eso es.*

¿Cómo podrá sacarlas de la pantalla y enviarlas al papel?

No hay nada. Aún no hay nada. Por ahora. Sólo por ahora.

El día cuarenta del mes ocho, LGT-32 quita el último módulo de memoria inteligente del Programador y lo inserta en una de sus pocas ranuras disponibles. Está llegando a su límite. Tiene que encontrar la manera de sacar fuera de las pantallas tanto... tantas... *tanta belleza*. Con los refuerzos que obtuvo de los otros dos androides, sabe que ahora es capaz de fabricar algún dispositivo.

De a ratos se siente en un laberinto sin salida.

Mas ya pensaría en algo.

© GONZALO SALESKY, 2012.

GONZALO SALESKY
Argentina (Córdoba, 1978)

Profesor de Matemática, trabaja como docente. Publicó *2011* (poemas y cuentos, 2009), *Presagio de luz* (poemas, 2010) y *Ataraxia* (poemas y cuentos, 2011). Distinguido en diversos certámenes literarios, sus libros pueden descargarse gratuitamente desde <http://gonzalosalesky.blogspot.com>.

DANA

CARLOS PÁEZ S.

Ella es casi perfecta; es hermosa más allá de cualquier noción normal. Ella es más bella de lo que uno podría esperar de un ser humano.

Ella es un clon.

Ella está muriendo.

Y yo no puedo hacer nada.

Sólo estar junto a ella en la oscuridad y recordar, mientras el aire se acaba.

Conocí a Dana la primera vez que pise la cubierta del "Harlock". En ese entonces el inmenso destructor espacial era la nave insignia de la flota del Gran Almirante. Ella fue el primer clon que vi... Bueno, técnicamente no era un clon; no son copias de ningún humano en especial. De hecho, salvo contadas excepciones, son todos específicamente únicos.

Comparten características relativamente similares, por supuesto. La

mezcla de genes creados para, justamente, potenciar muchas cualidades humanas tiende a producir individuos de aspecto mestizo; los de rasgos más puros (arios, negroides, asiáticos) son muy escasos, y normalmente sólo fruto de exacerbaciones de fenotipos muy puntuales.

Cada clon, al menos desde la segunda generación, es creado cuidando de que sea absolutamente único. Un ser humano ejemplar; más fuerte, hábil e inteligente que los normales, pero especial en sí mismo. Los genetistas elohim desde siempre tuvieron un cuidado detallista en ello.

Lo de ser únicos, en genética y aprendizaje, es lo que hizo a los clones verdaderos seres humanos en vez de muñecos biológicos.

Y con ello la humanidad tuvo su ejército oculto.

peligros innombrables? ¿Lo reconocerían? ¿Dirían "Lautaro Tabaré" antes, incluso, de soltarle el aviso de rigor? ¿O sería un soldado más, como tantos otros, alejándose anónimo y solitario, buscando una respuesta en

el filo de la noche del Fin de los Tiempos?

Se va el soldado, sí, y se fue... Y cuentan que ya no está más.

© JUAN M. VALITUTTI, 2012.



JUAN MANUEL VALITUTTI
(Argentina —Buenos Aires, 1971—)

Autor ampliamente publicado, en **NM** colaboró con "Una flor" (# 11), "La última frontera" (# 13), "¡Oh, por todos los diablos, Doug!" (# 15), "ABC" (# 19), "El frío" (# 21) y "Planeta apto" (# 24), y administra la ciberbitácora "Crónicas del caminante" (<http://caminante-cronicasdelcaminante.blogspot.com.ar/>).

como recluta; ya no sos el que se meaba encima de miedo con un hi-peo repleto de mocos. Sos un soldado de la hostia, uno de la San Puta; sos el trueno que se escapó del Séptimo Círculo del Infierno, y, ahora, cuando te des la vuelta y te vayas, quiero que mires a los ojos a ese hijo de mala leche que te secunda, para que le quede claro que te le cagarías de risa en la cara aunque se te viniera encima con todo y los putos jinetes del Apocalipsis. ¿Me expliqué bien, pibe? ¿Eh?”. Y, sí..., el Turco se explicó bien. “Pero... pero...”. “¡Respire hondo, pibe, abra los ojos y dese la vuelta!”. Lautaro respiró por la nariz y exhaló por la boca: dos, tres, cuatro veces... “¿Y, soldado? ¡Proceda!”. La presión de los dedos sobre el hombro se incrementó; parecía decir: “Por acá”. Lautaro sintió frío, un frío tan penetrante que los dientes no le servían para castañetear. Un frío sin espasmos, sin humito saliendo de la boca, a prueba de “pendejos-roe-chocolates”; un frío no malo, pero sí de alguna otra clase... Finalmente, juntó coraje, abrió los ojos y se volvió.

Era...

—Hola, pibe.

—Pero... ¡pero...!

Lautaro desvió la vista del rostro conocido y la posó sobre la mano que descansaba sobre su hombro. La miró extrañado, como si se tratara de un objeto con autonomía propia, independiente del hombre que tenía ante sí. Y los dedos de esa mano apretaron un poco más, afectuosa y torpemente, como dando

un empujón o contagiando una grata energía.

—¿Por qué, Turco?

—Porque nos tenemos que ir, pibe.

“Por acá”, parecían decir los dedos.

—Sí..., pero... ¡Por qué, cómo...!

El veterano soldado sonrió.

—Prefieren que sea una cara conocida, ¿sabés?

Un ruido estentóreo estalló a espaldas de Lautaro: la 111 se desplomaba definitivamente, sobre sus anillos urdidos por los siglos, envuelta en una luz ciega y abrasadora. Lautaro no se volvió. Miraba al Turco que, a su vez, tenía los enormes ojos cándidos clavados en él.

—¿Hay que irse, Turco? —Lautaro quería llorar, pero el hombre que había en él, el soldado que se había molestado en lustrar hasta el último botón del uniforme, no se lo consintió—. ¿Y a dónde, che?

El instructor chasqueó la lengua y se limitó a decir: —Por acá.

Caminaron parejo, hombro con hombro, hasta que el guía sonrió y dijo: —¡Carajo, qué bien me miraste, pibe! ¡Si no te cuento que casi me enmierdo los calzones! —Y soltó una despampanante risotada.

Se va el soldado. ¿Quedaría alguien para ver a Lautaro? ¿Lo verían alejarse con cara de nada, con cara de póker? ¿Pensarían que estaba loco, internándose fuera de los límites guarnecidos, más allá de los efluvios del pantano, donde había ranas y

Dana fue el primer “clon” que vi en mi vida. Fue, específicamente, cuando la rampa del transporte —aquel que me había llevado desde mi apacible vida periodística a la vorágine de la Guerra Kheraban— bajó sobre uno de los hangares del destructor. Ella me esperaba con esa actitud de marcial respeto y, a la vez, de infantil curiosidad.

Dana Sterling.

Un nombre que para muchos poco podría significar, pero para un latino criado en los ochentas, pegado a una pantalla de TV viendo “Robotech”, tenía algo muy especial.

Uno puede despotricar con que el Gran Almirante no era particularmente original para los nombres, pero debo mencionar que nunca, en todos mis años como su amigo, pude decir que no fuera exacto,

Alta y delgada, de proporcionado cuerpo —aunque lejos de la voluptuosidad—, rostro fino y una desordenada y corta cabellera rubia, algunas pecas casi invisibles y profundos ojos claros. Ojos que mostraban una mente sana y activa, con un toque de picardía y travesura.

Dana era, en efecto, Dana.

Ella fue mi enlace; mi “edecán”, si quisiera darle un nombre más común. Fue ella quien me presentó a mi primer “alien”, mi primer elohim; esos que solían ser llamados popularmente como “grises”, término que algunas facciones fundamentalistas aún usan peyorativamente.

Ella se transformó en mi sombra, mi mentora y también mi estudiante. Aunque mis conversaciones con el Gran Almirante eran comunes, ella

era el nexo primario que tuve con mi nueva condición. Yo, en cambio, fui su primer acercamiento a un ser humano común, gestado de mujer y criado en una familia; alguien que creció con pocas expectativas, ancladas a un único planeta claustrofóbico.

Será difícil para las generaciones más jóvenes —acostumbradas a la noción de la alianza estelar, a los “mil mundos del hombre” o a la interacción con clones y alienígenas— poder imaginar lo que significaba, para quienes sólo conocíamos la cotidianeidad de la vida en la Tierra, el enfrentarnos a la revelación de que no estábamos solos en nuestra azul prisión ancestral.

Más en las circunstancias difíciles en las que nos enteramos de eso.

Ese primer encuentro con un elohim casi me provoca un aneurisma. Conocía a lo que me enfrentaría, por supuesto, desde esa extravagante conversación en el *living* de mi departamento en la benditamente ignorante ciudad de Santiago “precontacto”; una conversación imposible con el hombre que secretamente cambiaría mi historia y la de la especie. El Gran Almirante serenamente me había contado sobre los elohim y su difícil momento; sobre la guerra que libraban en solitario.

Sobre lo que necesitaba de mí.

—Cavieres, eres corresponsal de guerra. Te ofrezco la exclusiva más grande de tu vida. La mayor guerra de todas.

Acepté por curiosidad. Todavía escéptico, abordé el transporte unas horas después y, al abandonar secretamente el planeta que me vio nacer,

una pequeña parte de mi mente siguió aferrándose a la incredulidad, aun frente a las moles gigantescas de las naves espaciales en órbita.

Pero de pie en ese hangar, junto a la hermosa chica rubia, ante un alienígena real —un pequeño ser pardo, de grandes ojos almendrados, que me saludaba con calmada voz en perfecto español—, tuve que reconocerme un creyente.

El resto es, humildemente, historia.

Ella toma mi mano. Tiembla ligeramente. Deslizo su cabello delicadamente a un lado, con mi garganta anudada hasta casi la asfixia. La cabina de la corbeta espacial está casi en penumbras; el soporte vital se mantiene en pie casi por milagro, sólo por la robustez del diseño de la nave misma. En el panel de control, la luz ámbar titila despacio, como marcando cada latido.

Meses después de iniciar mi viaje a Elohim, estando aún inmerso en toneladas de dudas y revelaciones, recibí la llamada que todo hijo teme. Dana estaba a mi lado, como siempre. Habíamos estado conversando sobre cine y música; algo que para muchos serían nimiedades.

Para los clones nunca lo eran.

Cada fragmento de información de la Tierra que llegaba a los clones era cuidadosamente tratado por el Gran Almirante y por los elohim que vigilaban el desarrollo de los clones. No se trataba de censura; sólo la dosificación necesaria para que no hubiera una sobrecarga (si se la pu-

diera llamar así) de información en sus mentes juveniles.

Los clones no crecen como un niño humano normal. Son producidos y criados a ritmos de crecimiento acelerados, en cápsulas que estimulan sus cuerpos y mentes según programas de alta velocidad. De ese modo, los elohim habían podido crear humanos combatientes en una fracción de lo necesario para que un normal pudiera nacer y convertirse en un guerrero eficiente.

Por supuesto, es de común conocimiento lo que le pasó a la primera generación, esos inviables seres torturados. Por eso mismo, cuando el Gran Almirante activó a los nuevos, por esas veinte mil almas congeladas en un experimento fallido, fue muy específico en cómo debían ser criados; en la necesidad de que fueran seres con propósitos, recuerdos y experiencias lo más cercanos posible a las de un normal. Una tarea que asumí personalmente y en la que estoy orgulloso de haber participado.

Cada nueva canción, cada nuevo libro, cada nueva película era un acontecimiento en sí mismo para los clones. Una nueva inyección de vida, de normalidad; un nuevo nexo con ese mundo que defendían sin haber respirado nunca su aire.

Desde los filmes de Disney a Errol Flynn, de Tom Sawyer a los Beatles; partículas de humanidad, colores y sonidos que acercaban la Tierra, que los volvían más humanos.

Y ellos agradecían cada nuevo regalo.

Dana y los demás acababan de ver *Roman holiday*, un clásico en blan-

inverosímiles, mientras sostenían sus lanzas en alto y bufaban sus extraños cloqueos al aire viciado y denso.

¿Estaría repitiéndose el mismo espectáculo alrededor del globo, en cada una de las 1357 torres que el ejército terrestre había ocupado para usar como puestos de avanzada? “¿Y ahora, Turco? ¿Ahora qué va a pasar?”. “¿Ahora, pibe? ¿Ahora empieza el baile! ¿O te querías morir de viejo, con tus pantuflas puestas delante de una estufa?”. El Turco se reía a mandíbula batiente. “¿Se va a poner movidito el baile; vas a ver, pibe!”. ¿Pero de qué le estaba hablando este Turco loco? ¿De qué? ¿Qué podría ser más “movidito” que presenciar la victoria de las ranas sobre la milicia terrestre? ¿Qué más movido que verlas danzar frente a los restos humeantes de una de las principales torres-insignia? Y ahora salían los sobrevivientes, salían los últimos soldados que habían resistido inútilmente un embate furioso e imparable, salían envueltos en llamas, gritando desde la carne ampollada que se les caía a tiras. Lautaro los vio desplomarse, rodar por el piso, esperar la muerte a manos de las ranas que se les acercaban para rematarlos con sus cerbatanas de saetas vivas; se les aproximaban, apuntaban, soplaban, salían los bichos-saetas —las cosas con vida armadas con una doble hilera de dientes chiquitos y afilados—, chillando estruendosamente, al tiempo que se les clavaban a los soldados en el pecho, en la cara, en la espalda, entrando, penetrándolos a dentella-

das, devorándolos golosa y tosca-mente...

“¿Qué más “movidito”, Turco loco?”. Y vio que las ranas se subían a los rotadores detenidos en los puertos de atraque abandonados, y las vio montarse en ellos y atacarlos con sus armas primitivas e irrisorias, golpeándolos, escupiéndolos, ¡mordiéndolos! Y una de las ranas, la más temeraria, se metió a la cabina de un rotador, y la husmeó y tocó botones y movió palancas, hasta que, sin querer, desplegó las ametralladoras gemelas de los flancos blindados y disparó, y vio, con una expresión estúpida en el rostro atroz, cómo la ráfaga de proyectiles salía tronando como desde el interior de un avispero y rompía y destrozaba a otras ranas, que se ensañaban sobre los cuerpos moribundos de los soldados terrestres... ¿No era todo esto lo suficientemente “movidito” para el Turco?

Iba a preguntarle; iba a preguntarle el Pibito al Turco qué consideraba movidito, cuando sintió los dedos sobre el hombro... “¿Turco...? ¿Es una rana, Turco?”. “¿Una rana? No, querido, ¿no entendiste todavía? Olvidate de las ranas, ¡pobres ranas que al final hicieron lo que cualquier pueblo sometido termina por hacer! No es una rana, Pibito, no; es lo otro, che, es lo otro...”. Lautaro iba a abrir la boca, su mente abstraída de ideas, pero su instructor se le adelantó: “¡Me importa un carajo lo que estás pensando! Ya no sos un pibe, un nene, el bebé de mamá que llegó un día a la 111 para servir

hombro y le dijera: “Por acá”. Y se va el soldado, sin saber por qué, con su uniforme impecable, mirando a uno y otro lado, indagando una respuesta... Se va el soldado, y se fue, y ya no está más...

Así que el Pibito se levantó. Se levantó Lautaro Tabaré —aunque el nombre, en este punto, no signifique nada— y se vistió con el uniforme... “¿Viste, pibe, qué bien que te queda? Pero todavía no sos un soldado, mariquita, todavía no: parecés un soldado, pero nada más, ¿eh?”. Se vistió Lautaro Tabaré —como todos, como nadie—, asegurándose de que cada detalle estuviera bien —¿son sus manos las que recorren los pliegues del uniforme?—, chequeando que todo estuviera a punto. ¿Se va Lautaro? “¿Te vas, soldado?”. Bajó las rampas milenarias, sin miedo, sin porqués. “¡Ah, Pibito, si lo tenés en la punta de la lengua!”. Y llegó al pie de la torre, y se alejó por el sendero dejando el abrazo del sol a sus espaldas. “¡Qué de luz, Turco!”. “¡No preguntes, nene, vos caminá!”. Se alejó por el sendero, lejos de la torre. “Tengo miedo”. “No, no tenés miedo; ahora sos un soldado. No parecés un soldado; sos un soldado de la San Puta, igualito a mí, ¿OK?”. Así que caminó Lautaro, caminó el soldado, aunque el centinela de turno no le dijo nada, no le soltó el aviso... No, no le dicen “¿Quién va?”, y al Pibito le parece extraño. Le va a preguntar al Turco —al Turco que está muerto—; le va a preguntar por qué el vigía no abre la boca, por qué se queda mudo, si tiene reglas y protocolos. Pero el Turco le dice que no lo piense: “No

pienses, Pibito, vos caminá, ¡che!”. Y le dice el Turco que camine, no más...

Pero Lautaro se detiene. Se detiene Lautaro. Se queda clavado como un astro en medio de la noche. “¿Qué carajo te pasa, Pibito?”. Se detiene Lautaro y amaga con volver el rostro; amaga con mirar por sobre el hombro... “¡Si te das vuelta, te convertís en piedra!”. Pero Lautaro no le hace caso. No le hace caso al Turco —al Turco que está muerto—; así que mira nomás, y lo que ve Lautaro es que la Torre 111-Norte se va, se quema, desaparece tragada por unas llamas que lamen el cielo violáceo, sofocando aún más la luz mala de los tres pálidos satélites... “¿Dijiste en ‘piedra’, turco?”. Y el Turco suelta la risa: “Una broma, querido, si no, ¿para qué carajo está el Turco acá con vos?”. “Pero, ¿qué pasó?”. “¿Qué va a pasar, querido? ¡Las ranas se hartaron!”. La voz del Turco provenía del cielo, de la noche, de las llamas de una torre quemándose en un horizonte dantesco... “¿Qué va a pasar? Las invadimos; invadimos el planeta de las ranas. Desde hace años las venimos haciendo mierda; con nuestra marcha trituradora, con las balas de los rotadores que las rocían desde las nubes, con nuestro eterno desprecio hilarante... ¿Qué va a pasar, querido, salvo que las ranas se hartaron? ¿No las ves danzando?”. Vio Lautaro. Y Lautaro vio que las ranas danzaban en torno a la 111 en llamas. Danzaban su danza de la victoria. Eran elásticas las ranas, y casi no tenían huesos, y se retorcían en formas

co y negro, y se había desatado una locura. Una nueva. Toda la monstruosa base Santuario —el secreto núcleo de las esperanzas de dos especies— comentaba las peripecias de la princesa Anna. Ellos querían ser Gregory Peck; ellas, Audrey Hepburn.

Dana tenía cierto parecido, con el cabello corto y la sonrisa inocente. Hepburn había ganado el Óscar con ese papel, le dije, y el Tony ese mismo año, el año que debutó en Hollywood y Broadway.

Pasé un par de horas explicándole qué era todo eso. Pasé diez minutos explicándole por qué Audrey había sido la mujer más maravillosa de mundo.

No le dije que pensaba que ella también era maravillosa.

Esa llamada interrumpió nuestro momento. Mi madre agonizaba en la Tierra.

La luz ámbar en el tablero comienza a titilar más despacio. La energía escapa de las baterías de reserva; los reactores silentes hace horas que se han congelado. Con gran parte del casco expuesto, la corbeta es ahora un pontón sin rumbo, otro asteroide del cinturón.

Su corazón también late más lento; la vida se apaga inexorablemente.

La Guerra Kheraban estaba en un punto crucial. No lo sabíamos entonces, pero —aunque los triunfos del Gran Almirante habían inclinado la balanza hacia la alianza entre humanos y elohim— la victoria final pendía de un hilo. De hecho, una nave no-

driza kheraban se encontraba en su fase final de viaje a la Tierra, lo que ponía en peligro no sólo a la humanidad, sino que también podría desmascarar el elaborado engaño del que dependía el triunfo.

Si los kheraban tomaban la Tierra, la inmensa inteligencia a la que nos enfrentábamos descubriría al Gran Almirante.

Pero desconocíamos esto. Dana y yo viajamos desde la aún en construcción fortaleza de Iserlohn a la Tierra en una corbeta de alta velocidad. Apremiado por el tiempo, no acepté viajar en algo mayor o con más escolta. Tuve mi recompensa; mi madre aún vivía. La tecnología médica elohim había logrado retrasar lo inevitable, pero no era suficiente sin el estímulo propio; ella había perdido su voluntad y sólo el ver a su hijo podría cambiar su destino. De hecho, así fue.

Días después, ya más tranquilo y apremiado por la inminente puesta en marcha de una nueva ofensiva, accedí volver al espacio elohim.

No llegaría a tiempo.

A pocos sistemas, desde el hiperespacio, detectamos la presencia de señales kheraban, muy dentro del espacio humano, muy cerca de la Tierra; debíamos investigar.

Emergimos casi frente a ellos, una pequeña flotilla de navíos enemigos. Dana, desesperada, trató de evadirlos. Por angustiosos segundos lo logramos; no reaccionaban, incrédulos ante nuestra presencia.

De pronto se desató el infierno. Eran tres destructores de línea, erizados de cañones de plasma, y todos

nos escupían sendas rondas de disparos. Los escudos resistieron al principio, pero no durarían; nuestra pequeña corbeta era un liliputiense frente a feroces cíclopes.

Dana usó cada puñado de energía para alimentar los escudos traseros y los motores en una loca carrera de giros y saltos, tratando de esquivar los impactos que metódicamente meraban nuestras defensas, con los nudillos blancos aferrados a los controles, la boca entreabierta clamando por aire, la concentración total.

¡Se veía tan hermosa!

Los instrumentos se quejaron y los reflejos rojizos llenaron la cabina. Ella tomó una decisión; enfiló hacia un campo de asteroides cercanos. Eso eliminaba la posibilidad de que saltáramos de vuelta al hiperespacio, pero dudé que tuviéramos chance en el futuro inmediato.

Los navíos alienígenas comenzaron a soltar sus escoltas; docenas de cazas de combate fueron expulsados desde sus bahías de atraque.

Casi al llegar al conjunto de rocas, nuestras defensas cedieron. Los impactos nos sacudieron; nos estaban demoliendo. Entonces el hiperimpulsor falleció, con un agónico chillido de los instrumentos; estábamos atrapados en el sistema y pronto estaríamos rodeados.

Su respiración es muy espaciada; su mirada, perdida.

Mis últimas esperanzas se diluyen.

La corbeta entró entonces en el campo de asteroides en un ángulo casi

suicida; detrás de nosotros, el bombardeo hacía añicos las añosas rocas. Dana maniobró audazmente, usando cada *byte* de su entrenamiento, pero más de algún desecho nos golpeó. Gran parte de los controles no funcionaba; la nave se caía a pedazos.

Con los cazas casi entrando en el mar de rocas, usamos nuestra última carta desesperada. Lanzamos el inestable reactor del hiperimpulsor al vacío; la explosión resultante casi nos desbarató, pero la nave —al menos en su mayor parte— se mantuvo en una pieza.

Escondidos en el fondo del cráter de un asteroide sin nombre, vimos cómo los kheraban mordían el anzuelo, barriendo las cercanías de la explosión con sus sensores, pero milagrosamente no fuimos detectados.

Los minutos pasaban y comprendíamos que no se darían por vencidos tan fácil.

Estábamos atrapados. Los reactores muertos, la energía de reserva agotándose; mudos y helados.

Muriendo lentamente.

Mi tobillo estaba roto, al igual que algunas costillas. Mi consciencia iba y venía, lo que me convertía en aún más inútil, si eso era posible; ella, en cambio, si sufría por alguna herida, simplemente no lo demostró nunca.

Nuestra situación era desesperada; aun sin entenderlo a cabalidad, me daba cuenta. El soporte vital desconectado no aseguraba más de unos minutos de aire, y sin energía tampoco podíamos comunicarnos con la flota, a pesar de nuestra urgencia.

Era...

Llegó el rotador. Llegó el rotador con sus luces, rotores y ametralladoras, y su gran número 3458 en los flancos acorazados. “Éste es el Rotador 3458 sobrevolando la torre de control 111. Lo tenemos en la mira, soldado: ¡identifíquese!”. El Pibito, el nene de mamá se llevó el receptor de la solapa a la boca y contestó: “Tabaré, Lautaro. Soldado raso asentado en 111-Norte desde 13/10/2070”. Pero entonces ocurrió algo... El Turco se asomó por uno de los flancos descubiertos del rotador y, altavoz en mano, lo saludó: “Hola, mariquita, ¿ya adivinaste qué era?”. En seguida se apartó y, en su lugar, se adelantaron unas fauces rebalsadas de azufre: ¡la boca de acero de una ametralladora! “¿Y, gil? ¿Ya adivinaste?”.

Era...

“¡¡¡TE MEÁS ENCIMA, MARICA!!!”.

Despertó. Despertó con las perlas de sudor en su cuerpo aterido. Despertó, y se arrebujo un poco más en su uniforme.

Tiritaba el Pibito, aunque no de frío...

Para el frío estaba el chocolate. “Para cuando tengas frío, pibe”, y —a continuación— el Turco le alcanzaba una inmensa barra de chocolate amargo. “En realidad no sirve para tres carajos, porque te cagás de frío igual; pero el Comando insiste que es hasta que vengan los uniformes con calefacción, ¿sabés?”. Y el Turco se agarraba la cintura y lanzaba hipos de risa: “¡Hace dos años que los vienen prometiendo! ¡Pero vos no te

preocupés, Pibito, que para qué carajo está el Turco acá, si no!”.

Tiritaba el Pibito, sí, pero no de frío...

Cuentan que cuando el soldado se va, se va con cara de nada, con cara de póker... Primero, aunque no sabe por qué, se levanta, aparta la lona que lo cubre, se viste con el uniforme, se viste bien con el uniforme. Se molesta en que cada detalle esté perfecto, a punto, reluciente; entonces, tal vez, si tiene un espejo a mano, se contempla en él y, chequeando por última vez que todo esté en orden, se va. Se va el soldado. Baja las rampas milenarias de la torre —una de las 1357 torres alrededor del globo, una de las tantas erigidas por las ranas y abandonadas posteriormente—, y se va el soldado. Tiene cara de nada. Tiene cara de póker. Y, cuando está en el exterior, en el círculo horadado en torno a la torre, mira a uno y otro lado, sin saber exactamente por qué, y entonces da un primer paso, que luego se convierte en otro, y en otro y en otro. Y, de pronto, el soldado ha recorrido un buen trecho y se aleja de la torre, rumbo a los efluvios del pantano... Y no sabe por qué. Y no sabe adónde va. Y, cuando oye el aviso, cuando oye el “¿Quién va?” —porque el centinela lo ha divisado—, no es que no le importe, no; pero, aun así, sigue caminando: un paso y otro, y otro más... Hasta que se va el soldado; hasta que el soldado se va, con su cara de nada, con su cara de póker. Como si lo llevaran, como si algo o alguien le clavara unos dedos en el

Y lo mataron, porque un día se internó en el pantano, muy lejos de la torre, y una de las ranas lo vio y sopló sobre una cerbatana con flechas vivas; una de esas cosas con bichos largos y escurridizos, con punta roma por cabeza, con dientes afilados y chiquitos, que salen a los chillidos atravesando el pecho de sus víctimas. Sí, el Turco se asomó a la noche de cielo violáceo, a la luz mala de los tres pálidos satélites, y la rana lo vio desde el pozo del pantano, emergió por encima del horizonte de la laguna y lo alcanzó con uno de sus bichos-saetas... Y el Turco, pobre Turco, sin saber que ya estaba muerto, se debatió con la cosa afilada saliéndole del pecho mientras aullaba como la puta que lo parió.

No, no lo vio caer. ¿Cómo lo iba a ver si había una niebla espesa como la noche? Y no, no lo vio caer con la cosa viva abriéndose paso por entre el pecho destajado; no lo vio caer en el lodo apestoso del pantano, mientras cerraba los dedos sobre la superficie correosa y afilada que lo había atravesado a dentelladas. Lo supieron después, cuando encontraron el cuerpo: todo azul y rígido, con los dientes apretados y los ojos desmesuradamente abiertos... ¿Sorpresa? ¿Impotencia? ¿Dolor? ¿Qué vio el Pibito en esos ojos de agonía milenaria? “¡Pero dejame de embromar, pibe, si lo tenés en la punta de la lengua!”.

Una vez el Turco le contó de un soldado que salió de la torre y no volvió. Lo curioso del asunto es que un vigía lo descubrió y le dirigió el aviso: “¿Quién va?”. Aunque, claro,

ya sabían quién era, ¿no? Ya sabían quién era; cómo no lo iban a saber, si todo el mundo se conocía en la torre. Le soltaron la venia de rigor, pero el tipo siguió, hasta perderse en la espesura frondosa, entre los efluvios reptantes del pantano. “¿Sabés qué, pibe, sabés qué? Algunas veces te puede agarrar; te agarra como si tuviera brazos y manos, y, de pronto, te clava los dedos en el hombro y te dice: ‘Por acá’; pero vos, pibe, vos, mierda que lo tenés que seguir, ¿entendés? Vos, ¡mierda que lo vas a seguir!, porque si no...”. Y el Turco se pasaba el dedo por el cuello, de punta a punta, mientras ponía los ojos de un blanco enorme. Pero, en el fondo, ¿de qué le hablaba? ¿De qué? Más tarde, cuando lo vio al Turco, cuando lo vio a los ojos fijos y muertos —ojos que sabían, y que estaban cansados de saber—, lo entendió: “Parece que tuviera dedos, pibe, pero vos, ésta, ¿me oíste?, ésta que lo vas a seguir...”. “Pero, ¿qué es? ¿Por qué se fue el soldado?”. “Ah, Pibito, si lo tenés en la punta de la lengua, ¡che!”.

Otro día le dijeron que la historia que le había contado el Turco, la del soldado que se había ido de la torre, era falsa; que, en realidad, era el Turco el que se quería ir, y que no quería admitirlo. El Pibito no lo creyó, al principio no lo creyó el Pibito; pero entonces soñó con el Turco: en la noche de frío alienígena el Pibito soñó con el Turco, y soñó que el Turco le soltaba: “Pero si lo tenés en la punta de la lengua, ¡Pibiiiiitooooo!”.

Los kheraban no dominaban el hiperespacio como los elohim (y, por asociación, nosotros, los humanos). La presencia de tres destructores en ese sistema sólo podía significar una cosa; una nave nodriza, con su flota escolta completa, estaba en rumbo a la Tierra, y nosotros no podíamos avisar del peligro. Ni siquiera podríamos vivir por mucho tiempo más. A menos que alguien pudiera reparar la conexión de la energía auxiliar en el espacio con un traje inadecuado, ganar algunas horas de soporte vital y lanzar el mensaje al hiperespacio.

Por supuesto, tal como yo —en mi periodística ignorancia— no podía saber eso, tampoco podía intuir que significaría la muerte para quien lo intentara.

Si no, habría sabido que ella lo haría.

Y hubiera sabido que no habría podido detenerla.

Ella se calzó el traje —uno demasiado delgado para la radiación del sol de aquel sistema— y abrió la compuerta. Por largos minutos trabajó sobre el destrozado fuselaje, hasta lograr conectar la energía auxiliar; en mi sopor sentí fluir el aire y en el tablero brilló una pequeña luz ámbar.

Para cuando ella volvió era muy tarde. La radiación le había dejado incluso marcas visibles; su cuello, y supongo que todo el resto de su cuerpo, se llenaba de pústulas. Sólo su rostro, protegido por el casco, parecía incólume, aunque ceniciento.

Logró mandar el mensaje antes de sufrir su primer desmayo. Con mi tobillo incendiándose de dolor, pude

tomarla y derrumbarme con ella en el piso de la cabina. Ahí, con el sonido sutil del aire circulando lentamente y la parpadeante luminosidad ámbar del comunicador hiperespacial por únicas sensaciones externas...

Le hablé de casa.

Le hablé de los juegos infantiles, de los amores de verano, de la música y el baile, del colegio y sus sinsabores, de la universidad y sus locuras, de las guerras, de la paz; le hablé de una vida que ella nunca había vivido y que nunca viviría.

Una vida que tampoco sonaba demasiado a la mía.

Pero no le hablé de lo que sentía, ni de las esperanzas y sueños con ella; fantasías de un veterano reportero inmaduro incapaz de ser padre, enamorado de una chiquilla, de un ángel que nunca sería suyo.

En cambio, sólo atiné a reprocharle su sacrificio.

Ella se había condenado, sin una palabra de duda, sin una frase heroica; simple honor, simple responsabilidad. Había ofrecido su existencia misma a cambio de la vida de millones de seres que no conocía, en un mundo que nunca había visto.

Y a cambio, también, de unos minutos más de la mía.

Ella, como siempre, había hecho lo que debía hacer un clon; seres puros que podrían haber desaparecido sin que nadie lo hubiera sabido nunca, si el Gran Almirante hubiera perdido la guerra.

Solloza sordamente. Mis lágrimas resbalan por sus mejillas. Sus ojos apagados me buscan sin verme; sólo

le queda aliento para una última despedida.

—Usted es quien escribe la historia; usted es quien nos hace inmortales. Si usted muere, nadie les hablará de nosotros, nadie les contará que amamos la Tierra; nadie les dirá que también fuimos humanos...

Ella muere en mis brazos. Con ella algo de mí también se va. Algo que siempre escondí, que siempre estuvo a salvo, incluso en el terror de Iraq, en la locura de Afganistán o la miseria de Haití; algo que había atesorado en mis bodas y en mis divorcios, en mis heridas. En mis miedos.

Pierdo la inocencia. La que creía que había muerto después de años de ver la puerquería del mundo y la

crueldad de la guerra; la que había vuelto a encontrar en la sonrisa de esa chiquilla. Y ahora la perdía para siempre.

El soporte vital casi se agota, pero los destellos entre los asteroides me dicen que la ayuda ha llegado. Tal vez incluso la batalla en la Tierra ha terminado. Pronto me rescatarán. Volveré a mi puesto, reportando detrás de la cámara, en el puente de mando, junto al Gran Almirante; llevando el registro del drama que nadie conoce, de la guerra que nadie sabe que existe.

Ya sin mi alma.

Sin Dana.

© CARLOS PÁEZ S., 2012.

CARLOS PÁEZ S.

(Chile —Viña del Mar, 1978—)

Jugador, director y autor de juegos de rol, miembro de una generación de pioneros, deriva hacia la escritura en la adolescencia, desde los cuentos románticos al humor y terror, pero con especial pasión por la ciencia ficción.

Creyente en la simple inspiración, se niega a cuanto taller literario existe y aboga por la importancia del lector sobre las consideraciones narcisistas intelectuales, o sea, es fan acérrimo de la *space opera*.

En un país sin mucha posibilidad de publicación, se decanta hacia Internet, donde, además de ametrallar opiniones (<http://fromastrea.bligoo.com/>), artículos, críticas y politiquería, serializa dos novelas disímiles en sendas ciberbitácoras (<http://avenidacarrete.bligoo.com/> y <http://destinonovela.bligoo.com/>), mientras trabaja en otros proyectos secretos, cargados de armas de plasma.

Más de un incauto portal de Internet, como **Tauzero.org**, **Planetas Prohibidos**, **Chile del Terror**, **Axxón**, etc., ha publicado alguno de sus cuentos, surgidos de la vorágine de la vida de un veterinario que se dedica a los negocios y restaura autos clásicos como afición, gravitando desde la realidad del Santiago cosmopolita a etéreas redes sociales, como Twitter.

LO OTRO

JUAN M. VALITUTTI

Escupe.

Y espera en la noche de la torre.

Es piedra, y está fría la piedra...

“¿Por qué hacían las torres de piedra, señor?”. “¿Qué importa? ¿Le va a pedir explicaciones a las ranas?”.

“Pero, ¿qué serían? ¿Hogares? ¿Fortalezas? ¿Templos?”. “Ya le dije que no importa: usted ocupa una, ¿no?”.

Las ocupamos sin importarnos un carajo si son sagradas o si son las duchas de las ranas; las ocupamos porque son altas y están guarecidas y nos sirven para bajar a las ranas, como hace el resto del ejército desde hace mucho tiempo. A usted, pibe, le asignaron la 111; es el recluta, el nene de su mamá, el ‘roe-chocolate’ de la 111-Norte, ¿no? ¡Lo felicito! ¿Y qué me cuenta de la vista? Una lluvia negra, densa, malparida, sobre el fondo de un cielo violáceo. ¡Qué planeta de mierda! A propósito,

pibe, ¿usted sabe decirme para qué carajo se combate?”.

Hace frío. Todo lo que él sabe es que hace frío. Le castañetean los dientes y se mea encima. “¡Te cagás de miedo, marica!”. Pero qué importancia tenía lo que le había dicho el Turco cuando le tomó confianza, si ahora estaba muerto... “¡Te cagás como un marica, pero yo te voy a sacar bueno! ¡Qué! ¿Así que pensabas vivir para siempre? ¿Te querés morir de viejo, con las pantuflas puestas, frente al calor de una estufa? ¿Eh, marica? Te voy a sacar bueno, yo, hermanito; vas a ser un soldado de la concha de tu madre, igualito a mí”.

El Turco, qué tipo: olía a vino, a estiércol, a eterno sudor en la frente arrugada... Y lo mataron. Las ranas lo mataron. Era su instructor el Turco.